

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 48.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Giurgewo; grabado. — Intrigas de aldea. — Hacer el oso. — Historia de la semana. — El Cáucaso; grabados. — La Puerta del Sol. — Comunicaciones entre el Atlántico y el Pacífico. — El valle de Sixto (Saboya); grabados. — La paz del matrimonio. — Los bandidos de los Kárpatas. — Los habitantes de la India; grabados. — El matrimonio de una hora en Persia. — Un buen chasco. — Boletín científico. — Descripción de los bordados. — Palacio de Beaumanoir habitado por Napoleón 1° en su juventud; grabado.

## Giurgewo.

Giurgewo, ciudad valaca, situada á la orilla izquierda del Danubio, en frente de Rutschuk, actualmente ocupada por los rusos, es una plaza abierta, pero muy

fuertemente protegida por una ciudadela, asentada en uno de los numerosos islotes que forma el Danubio por aquella parte. Giurgewo es pues reputada como una de las buenas plazas de guerra del principado valaco. Un fuerte cañoneo ha tenido ya lugar el 1° de noviembre entre los defensores de esta ciudad y un cuerpo turco de cerca de mil hombres. Las avanzadas del ejército ruso se hallan situadas entre Giurgewo y Bucharest, y segun las últimas noticias, el cuartel general del principe Gortschakoff se encuentra establecido á tres leguas de la segunda de estas ciudades.

## Intrigas de aldea.

La humana preocupacion ha localizado siempre los golpes estratégicos, á que damos el nombre de intrigas,

en las grandes poblaciones, como si en las aldeas no hubiera intrigantes capaces de dar quince y falta á los mas hábiles diplomáticos. La verdad es que así en los pueblos pequeños como en las ciudades hay hombres que tienen pasiones, intereses opuestos, en una palabra, todos esos materiales propicios á la guerra civil que la sociedad humana empezó en tiempo de Cain y que promete durar tanto como el mundo. En todas partes hay tambien inconvenientes para zanjar legalmente las dificultades, porque ó las leyes son imperfectas ó la parcialidad impide sus buenos efectos en la aplicacion, y he aquí porque en todas partes los hombres apelan á esos vedados recursos á que damos el nombre de intrigas.

De estas premisas se deducen algunas consecuencias que presentan cierta analogía en todas las sociedades mas ó ménos cultas, á saber : que las intrigas consiguen á veces el resultado á que sus autores aspiran, ó que redundan en perjuicio de los intrigantes, cosa muy



Campamento de las tropas rusas en Giurgewo.

comun y muy bien explicada en la locucion popular que dice en tales casos : á este pobre cazador le salió el tiro por la culata.

Ahora que he dicho lo que he dicho, me parece oportuno pasar á la aplicacion y á la prueba, porque creo yo que todo hombre que escribe debe decir algo, y esta es una verdad como un puño; en segundo lugar debe proponerse algun fin, sin lo cual por mucho que diga se puede sostener que no ha dicho nada, y por último debe demostrar lo que dice, no sea que le tachen de embustero y se ria el diablo de la mentira.

Es el caso, amados lectores, que allá en las cercanías de la corte de España existe un pueblo llamado Arganda, célebre por el vino que en todos tiempos ha producido en abundancia, y mas célebre aun por un puente colgante construido hace pocos años sobre el Jarama y al cual se ha dado mas ó ménos oportunamente el título honorífico de *el puente de Arganda*. En fin, yo creo haber contribuido algo á la celebridad de este pueblo, que en mi concepto no puede compararse con París y Londres, por aquella estrofa de una de mis composiciones en que hice decir lo siguiente al Judío Errante:

— ¡ Señor! — ¡ Anda! — Que quizás  
Me va á dar un patatús!  
— ¡ Anda! — Ya no puedo mas,  
Y aunque se empeñe Jesús  
No quiero pasar de Arganda.  
¡ Anda! ¡ anda!  
De Paris á Peñaranda,

Y en efecto vean Vds. si merece gozar de alguna celebridad un pueblo donde se detuvo ó quiso detenerse el Judío Errante, que segun la tradicion no se ha detenido en ninguna parte.

En este pueblo habia hace treinta y cinco ó cuarenta años sobre lustro mas ó ménos, dos intrigantones de primera tijera, uno de los cuales se llamaba Alfonso, abreviado de Ildefonso, y el otro Perico, diminutivo de Pedro, de modo que hasta por sus nombres habian venido estos dos prójimos al mundo destinados á cierta mancomunidad, pues no parece sino que ya se habia dicho por este par de apuntes aquello de:

El uno es Alfonso Tellez  
Y el otro Pedro Cadenas.

Compañeros en todas las travesuras de la infancia, habian sido despues compinches en todas las intrigas con que el genio del mal atormentó durante muchos años á los pacíficos habitantes de Arganda, y para que en todo se vea marcada la huella del destino, el dia que Alfonso tuvo la suerte de ser nombrado alcalde, alcanzó Pedro la fortuna de ser nombrado regidor, y el pueblo la desdicha de tener uno de los ayuntamientos mas favorables al desórden y á la injusticia.

Para que nada faltase á la alianza perpetua del indicado alcalde y el susodicho regidor, el cielo habia dado á Periquito una hija bella y graciosa llamada Clotilde, y á Alfonso un hijo bastante necio, llamado providencialmente Simplicio: uno y otro vendrian á tener la edad de diez y ocho á veinte años en la época en que sus padres habiendo llegado á la cumbre del poder municipal resolvieron casarlos queriendo con esta boda consolidar las relaciones que les habia unido durante tanto tiempo. Pero sucedió entónces lo que suele suceder siempre que los padres se empeñan en casar á sus hijos: estos tienen generalmente diferentes gustos que los padres, y aunque en la ocasion á que me refiero el jóven Simplicio tenia particular inclinacion hácia la bella Clotilde, esta lo correspondia con la mas desdeñosa indiferencia. La hija del regidor amaba secretamente á un antiguo criado de su padre conocido por el nombre propio de Andrés, y mas comunmente por el mote de *Mátalas-callando*, título digno de un hombre que tenia bastante sagacidad para conocer lo que debia hacer sin necesidad de divulgarlo, y que obraba generalmente sin decir esta boca es mia.

Amaba el buen Andrés á la Clotilde de quien era correspondido, siendo lo mas extraño de todo esto que ni el criado ni la señorita se habian dicho una palabra del cariño que mutuamente se profesaban, y sin un incidente de esos que ponen á las personas mas reservadas en el disparador, probablemente nuestros enamorados hubieran permanecido mucho tiempo amándose en silencio, ó cuando mas correspondiéndose con el expresivo lenguaje de los ojos. Por fortuna llegó el fatal momento en que el alcalde Alfonso pidió formalmente la mano de Clotilde para su hijo Simplicio, y el regidor Perico se la otorgó delante de testigos, contando con el consentimiento de su hija, en lo cual se equivocó, pues la muchacha dió rienda suelta á las lágrimas, demostrando claramente que no era Simplicio el santo de su devocion. Esto hizo creer al regidor que su hija estaba como solemos decir, encaprichada de otro, y no tardó en adivinar por las miradas, que este otro era su criado Andrés. Resuelto á despejar cuanto ántes la incógnita, llamó á parte á su hija y á su criado con quienes celebró una conferencia que resumirémos en el diálogo siguiente:

— Escucha, hija mia, dijo hablando primero con Clotilde; tú sabes que siempre he sido para tí lo que se llama un buen padre.

— No tengo ninguna queja de Vd., contestó la muchacha.

— Pues entónces, ¿porqué correspondes tan mal á mis bondades? ¿porqué me has desairado delante de la gente cuando precisamente te iba á proponer un enlace que pudiera labrar tu felicidad y la mia?

— Padre mio, respondió la muchacha, yo solo he contestado con las lágrimas á una proposicion que hecha por otro me hubiera arrancado una negativa desdeñosa. Quisiera complacer á Vd. y no me es posible hacerlo porque... todo lo que mi corazon puede alegar en contrario se explica diciendo ingenuamente que yo no amo á Simplicio.

— Ya lo supongo, dijo el padre, y no se me oculta la causa de tu aversion á Simplicio.

Lanzó el regidor una mirada de despecho á su criado como sintiendo el impulso de castigar en el acto su atrevimiento, y despues conteniendo su indignacion, le dirigió la palabra en estos términos:

— Dime, Andrés; ¿cuántos años hace [que comes el pan de mi casa?

— Casi desde que nací, dijo Andrés.

— ¿Has tenido alguna queja de mí en tantos años?

— Ninguna.

— ¿Debia yo esperar que pagaras mis favores con la mas negra ingratitud?

— En primer lugar, repuso Andrés, Vd. me ha pagado bien lo bien que yo le he servido, y no veo que pueda Vd. echarme en cara ningun favor.

— Aunque así sea, replicó el regidor sujetando los impulsos de su ira, basta que yo no me haya portado mal contigo para que tú no te portes mal conmigo.

— Pues en ese caso no creo haber faltado á mis deberes, porque nunca me he portado mal con Vd.

— ¿No te has portado mal conmigo, y has trastornado la cabeza de mi hija dirigiéndola palabras amorosas, sin tener en cuenta la distancia que te separa de ella y sin respeto al hombre cuyo pan has comido tanto tiempo?

— Señor Pedro, dijo Andrés, su hija de Vd. sabe bien que nunca la he dicho semejantes palabras.

— Padre mio, exclamó Clotilde, le juro á Vd. por lo mas sagrado, que nunca Andrés ha cometido la falta de que Vd. le acusa.

— Vuestra negativa me irrita mas que vuestra culpa, dijo el severo regidor, si al ménos tuvieseis la virtud de decir la verdad, podriais obtener mi perdon, aunque jamás consentiria en unas relaciones que ultrajan á mi dignidad.

Poco faltó para que Andrés sentase su férrea mano en la mejilla del regidor. Por fortuna pudo contenerse, ménos por el respeto que debia al padre que por consideracion hácia la hija, y haciendo un violento esfuerzo para mostrar la tranquilidad de alma que no tenia en aquel momento, dijo:

— Señor Pedro, yo puedo escuchar con paciencia las quejas aunque infundadas con que Vd. me atormenta sin saber porqué, pero no estoy muy dispuesto á tolerar el insulto, y Vd. me insulta suponiéndome capaz de faltar á la verdad.

— Puesto que te precias de no faltar á la verdad, replicó el regidor, ¿negarás que amas á mi hija?

— No señor, dijo Andrés, confieso francamente que amo á su hija de Vd. aunque nunca se lo he manifestado de palabra, y le juro á Vd. que podré renunciar á su mano si ella no me corresponde, pero no dejaré de amarla mientras viva.

Trató de hablar el regidor, pero no pudo hacerlo en mucho tiempo. Cogió luego á su hija por un brazo y así en un ademán que expresaba tanto la amenaza como la súplica, exclamó:

— Ea, hija mia; ha llegado el instante de castigar á un insolente que ha creído aspirar á tu amor impunemente: dile que estás ofendida de tal ultraje, que le odias, que le desprecias...

No pudo acabar el regidor. Clotilde cayó súbitamente de rodillas delante de él, exclamando tambien:

— Perdon, padre mio; yo no puedo decir lo que usted me manda, porque yo tambien amo con todo mi corazon á Andrés, aunque nunca se lo he dicho.

Quedó el regidor inmóvil al oír estas palabras; despidió despues á Andrés de su presencia y de su casa, y mientras daba cuenta al alcalde de lo que sucedia, resolvió esconder á su hija en casa de uno de sus parientes.

J. M. VILLER GAS.

(Se continuará.)

## HACER EL OSO.

### LETRILLA.

En este pícaro mundo,  
Aun mas que pícaro necio,  
Que excita nauseabundo  
Ascos, risas y desprecio;  
En que es la pura verdad,  
Como digo en esta estrofa,  
Que insolente una mitad  
De la otra mitad se mofa,  
El sabio y el borrico  
Y el haraposito  
Y el preciado de rico  
Hacen el oso.

El desdichado ginete  
Que en un caballo alquilado,  
Que le tiene puesto en brete,  
Se da al público en el Prado,  
Y, amen de las agujetas,  
Siente que la dura silla  
O el galápago de grietas  
Le llena la rabadilla,  
Es solo un majadero,  
Un presuntuoso,  
Que gasta su dinero  
Haciendo el oso.

En el teatro, despues  
De levantado el telon,  
Suelen entrar mas de tres  
Para llamar la atencion.  
Grima causan, es verdad,  
Con sus botas indiscretas  
A toda la vecindad  
De palcos, patio y lunetas;  
Mas no le importa nada  
Al que moroso  
Quiso, al tomar la entrada,  
Hacer el oso.

Que á do quiera que placer  
Hallar las gentes desean  
Los ménos van para ver,  
Los mas para que les vean.  
Hasta la creencia abrigo  
De que hay alguno tan perro  
Que quiere muera su amigo  
Para asistir á su entierro,  
Y hacerse así visible,  
Pues anheloso  
Busca ocasion plausible  
De hacer el oso.

El cazador dominguero  
Lleva cuchillo de monte...  
¿Va en busca de un cancerbero,  
Búfalo ó rinoceronte?  
Con canana, con morral,  
Botines que nunca deja,  
Lo mas llegará al Canal  
O á la fuente de la Teja.  
¡ Ay! y entrará en Madrid  
Tan victorioso  
Como en Valencia el Cid,  
¡ Haciendo el oso!

Para un bollo á su mamá  
Pide dos cuartos el pollo,  
Y su mamá se los da  
Para que se compre un bollo.  
Y él, que darse tono anhela,  
Y hombre se cree bizarro,  
En el estanco se cuela  
Para armarse de un cigarro.  
Está todo el busilis  
En que el mocoso  
Quiere ver á su Filis,  
Haciendo el oso.

¡ Y ese que apenas asoma  
Una nube que va ó viene,  
El paraguas nuevo toma  
Si paraguas nuevo tiene!  
¡ Y las viejas remilgadas  
Que gastan dijes y perlas,  
Y hasta se compran pomadas,  
Sin pelo donde ponerlas!  
Tengan ó no el capricho  
De darse esposo,  
Digo, y está bien dicho,  
Que hacen el oso.

Los hombres del periodismo  
Escriben para decir  
Todos los dias lo mismo:  
« No podemos escribir. »  
Y los pobres suscritores  
Que leen todos los dias  
De los mismos redactores  
Las mismas majaderías,  
Si es cierto que no tienen  
Pasto sabroso,  
Al ménos se entretienen  
Haciendo el oso.

Sin que nadie mi fe tuerza,  
Yo creo de mas provecho  
El derecho de la fuerza  
Que la fuerza del derecho.  
Dígalo sino el diluvio  
De pertrechos y soldados

Con que inunda del Danubio  
El ruso los Principados,  
Mientras con mucha gracia  
Junto al coloso  
Está la diplomacia  
Haciendo el oso.

Y nada de córtés digo,  
Ni tampoco de elecciones,  
Que siempre he sido enemigo  
De tratar ciertas cuestiones.  
Me he propuesto ser discreto;  
Canto las verdades claras,  
Pero, eso sí, no me meto  
En camisa de once varas.  
Nada de consiguiente  
Serio ó jocosos  
Digo de cierta gente  
Aunque haga el oso.

Van á la postrer morada  
En carroza algunos muertos  
Por seis bridones tirada  
De negro luto cubiertos.  
Hay difunto que si viera  
La comitiva que guía,  
De seguro aunque pudiese  
Resucitar no lo haría,  
Y hasta sé quien espera  
Muy afanoso  
Le llegue esta manera  
De hacer el oso.

Se me ocurre sin cesar  
Tras un escolio otro escolio  
Para acabar de aclarar  
Tantas verdades de á folio.  
Mas sabes, lector, que todo  
Termina, y no es maravilla  
Que también de cualquier modo  
Termine aquí mi letrilla.  
Harto ya, con los versos  
Que yo te endoso,  
Tan malos y perversos,  
Has hecho el oso.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

## Historia de la semana.

La apertura del Teatro Italiano que se verifica todos los años por este tiempo, es aquí la primera solemnidad con que se inauguran siempre las fiestas del gran mundo. No hay para que decir que la gente elegante se apresura á manifestarse en esta primera reunion, lo mismo que se apresura á desaparecer con las brisas de la primavera; la moda tiene leyes fijas é invariables, á las cuales ningun adepto podria faltar sin comprometerse gravemente.

Pero dejando aparte la cuestion de moda, debemos adelantarnos á decir que esta vez la apertura del teatro extranjero tenia en Paris suficiente atractivo con los nombres de los artistas de la compañía. En efecto, Mario, la Alboni y Tamburini, despues de estos cuatro años últimos en que solo hemos oído medianías, son capaces de despertar la afición á la música italiana aun en las almas mas indiferentes á ese arte sublime. Por eso el martes último el teatro resplandecía de flores y diamantes; las alegres melodías de la *Cenerentola* del inmortal Rossini ejecutadas por la voz mas poderosa que se conoce en nuestros días, la voz sorprendente de la Alboni, fueron acogidas por el público con un entusiasmo á cuya descripción debe renunciar modestamente la fria pluma. La temporada promete ser brillante; los billetes de la ópera italiana se coticizarán en la Bolsa con los fondos públicos.

Es verdad tambien que el furor por los teatros ha tomado en estos meses últimos una fuerte intensidad en el público parisiense. Hace mucho tiempo que no se había visto una muchedumbre tan ávida de emociones escénicas, y los teatros por su parte saben alimentar hábilmente esta fiebre dramática que nos aqueja. Los cuatro teatros de ópera de Paris despléjan una actividad en el día cuyo equivalente no se halla en ninguna época.

La Opera Francesa, que ántes se dignaba apenas sacar á luz una ó dos novedades anuales, acaba de dar en menos de mes y medio dos grandes bailes y una nueva ópera, y además detrás del telon los ensayos están en permanencia. Para dar á nuestros lectores una idea de lo que es este teatro, el primero sin duda en el mundo, nos bastará decir que acaba de ajustar á la Cruvelli en treinta mil pesos fuertes anuales, con la obligacion de cantar únicamente dos veces por semana; las demás representaciones se pagan aparte.

En cuanto á la Opera Cómica, aquí abundan como de costumbre las novedades. Se espera con ansia la *Estrella del Norte*, nueva obra de Meyerbeer, ese compositor alemán que es el maestro de la escuela francesa.

El Teatro Lírico sigue las huellas de la Opera Cómica respecto á producciones nuevas, y solo el Teatro Italiano continúa viviendo sobre el pasado, aunque con intérpretes de *primo carterlo*, como dijimos ántes.

Si de las esferas musicales bajáremos á los veintitantos teatros de verso que nos quedan por nombrar aun, todos disputándose el público aficionado con dramas, comedias, sainetes, magia y otros espectáculos, llegaríamos al fin de nuestra revista semanal sin lograr quizás que nuestros lectores quedasen al corriente de tanta y tanta farsa teatral como se estrena en Paris cada semana para correr despues el universo entero. Pero desde un principio nos hemos prohibido en este lugar la crítica dramática, y rara vez infringirémos la regla, pues no creemos de un gran interés el referir análisis para la mayoría de nuestros lectores.

Pasando, pues, á nuestro terreno ordinario, principiaremos nuestra crónica dando cuenta de una tertulia literaria que hubo el juéves último en casa de un personaje célebre por sus riquezas, que habita una de las casas mas suntuosas del barrio de la aristocracia del dinero.

La reunion, brillante y numerosa, no esperaba la diversion que habia dispuesta; ningun músico asomaba la cabeza por los salones, y únicamente se veía en medio de la pieza principal un sillón y una mesa, cubierta con un espléndido tapete del país que ambiciona la Rusia.

— ¿Vamos á ver aquí un jugador de manos? preguntaron algunas personas.

— Quizás presenciáremos una escena magnética.

— No, respondian otras que veian mas claro en el asunto; otra cosa peor nos espera.

En efecto, el dueño de la casa se presentó al cabo de un rato, y anunció en tono grave, que sus convidados iban á oír la lectura de una tragedia inédita, leída por el autor, el baron de \*\*\*, un aficionado.

Un movimiento general acogió esta noticia; y sin ser profundo observador cualquiera habria podido notar que la asamblea no se puso muy contenta.

La legislación del mundo parisiense, la constitucion de la alta sociedad autoriza la lectura de una tragedia, pero con la expresa condicion de que se prevenga de antemano al auditorio. Las sorpresas no están permitidas, y en este punto es de rigor el aviso previo; hay que decir á las gentes á lo que se exponen, á fin de que los débiles puedan abstenerse, y de que solo los atrevidos arrosten el peligro de buena voluntad y con conocimiento de causa.

Nuestra sociedad se halló, pues, condenada á la tragedia obligatoria, y á una tragedia de aficionado, lo que por cierto no era una circunstancia atenuante de la pena.

La lectura duró tres horas con algunos minutos. A la puñalada final que termina por lo regular todas las tragedias, el que habia concebido la singular idea de aquel festin poético, dió á sus convidados la señal del aplauso, á fin de despertar á los durmientes. Todos correspondieron al llamamiento, excepto uno que continuó sometido en su sueño letárgico.

Al punto se temió que se habia muerto de un ataque de fastidio apoplético; todos se acercaron á él, y un miembro de la Academia de Medicina que se hallaba presente, se disponia á prodigarle ya todos los socorros del arte, si era tiempo todavía, cuando resucitó el difunto.

— ¿Se acabó ya? preguntó con la sencillez de un hombre que no ha recobrado aun el uso cabal de sus facultades.

Y al levantarse dejó caer al suelo un pomito, que el doctor se apresuró á recoger, leyendo en su rótulo esta palabra: clorofórmico.

— Aquí tenemos el secreto de ese letargo.

— Sí, contestó el durmiente bien despierto ya.

— ¿Y qué quiere decir eso?

— La explicacion es bien sencilla. Las reuniones literarias en que se leen tragedias están muy á la moda, y como yo tenia algunas sospechas de lo que debia sucedernos esta noche, tomé mis precauciones contra el infausto acontecimiento.

— ¿Pero no sabéis que el uso del clorofórmico es muy peligroso? preguntó el doctor.

— Mas peligrosa es la tragedia; yo conozco mi temperamento, y sé que no puedo soportarla ni representada ni leída. Jamás he visto á la eminente Rachel por no ver de paso una tragedia; así estoy bien decidido á valerme del clorofórmico para evitar la mala influencia que ejercen en mi organizacion los versos alejandrinos.

El doctor tenia razon; el uso del clorofórmico es peligroso, y aunque convenimos en que el mal era grande y que necesitaba un fuerte remedio, creemos tambien que se habria podido elegir otro medio de evitarle ménos terrible, como verbigracia, el de leer al soslayo el primer número del nuevo periódico que ha entrado estos días en la arena literaria, redactado nada ménos que por el célebre Alejandro Dumas.

Sí, el hombre que en el espacio de quince días ha ido á visitar los palacios de Blois y de Chambord, el uno manchado de sangre, el otro lleno de recuerdos amorosos, para continuar su novela titulada los *Cuarenta y Cinco*; ha escrito el primer tomo de un libro para la *Revista de Paris*, y ha elaborado desde la primera escena hasta la última de una pieza en cinco actos para el teatro del Vaudeville, este mismo hombre, repetimos, ha fundado en ese mismo tiempo un periódico diario intitulado el *Mosquetero*, que entra en la lid armado de punta en blanco y sostenido por las espadas colosales de Artañan, Athos, Porthos, Aramis y la demás gente.

— ¿Y porqué sale con un periódico Alejandro Dumas? pregunta el público sorprendido al ver á un trabajador tan incansable.

— Por muchas razones, contesta el escritor; y todas á cual mas curiosas, añadimos nosotros.

Primeramente Alejandro Dumas (él mismo es el que habla) parece se halla cansado ya de ser bien atacado por sus enemigos y mal defendido por sus amigos en las columnas de periódicos ajenos, y despues tiene que publicar aun *cuarenta ó cincuenta* tomos de sus Memorias, y estos cuarenta ó cincuenta tomos contienen cosas cuya responsabilidad no quiere que recaiga sobre un editor, sobre un *hombre de paja*, como aquí se dice.

Estáson las razones principales que han engendrado y dado á luz el *Mosquetero*.

Ahora, en cuanto al programa del periódico se anuncia muy terrible. Dumas quiere ocuparse sobre todo de criticar á los críticos, esas orugas del árbol literario que viven á costa de sus frutos.

« Tratarémos de introducir el orden en el caos, dice Artañan con voz de trueno; y solo cuando no podamos ser sol, serémos luna.»

— Haced mal, le responde la sensatez pública.

— ¿Y porqué?

— Porque vais á incomodaros con los críticos, que es mala gente.

— ¿Y qué me importa?

— Que os desgarrarán las entrañas.

— Para eso tenemos armas ofensivas y defensivas; aceptarémos el combate.

— ¿Solo contra todos?

— La mejor campaña de Napoleon es la de 1814.

— Vais á incomodaros con los directores de teatros y ya no querrán representar vuestros dramas y comedias.

— Fundarémos un teatro para eso solo, así como fundamos un periódico.

Ya conocen nuestros lectores que á una lógica como esta toda resistencia seria inútil; así la sensatez pública en su diálogo con el hombre de las creaciones tuvo que darse por vencida.

Ahora dejarémos al valeroso Artañan esgrimiendo sus primeras armas contra todos los periódicos del universo, y terminaremos esta revista con la noticia de una aventura célebre, de que ha hablado ya un periódico de Paris con referencia á otro de Inglaterra.

Una rica heredera de Lóndres, de nombre conocido, se ha casado hace poco tiempo. Huérfana hacia años, libre de toda influencia de familia, y sin tutor por su mayor edad, habia titubeado largo tiempo ántes de decidirse á tomar un partido, y eso que los pretendientes no faltaban, tal contrario, los habia en una abundancia tal, que la casa de la heredera era el objeto de un asalto continuo de declaraciones amorosas. Es verdad tambien que la huérfana como poseía una dote de primera fuerza exigía tales condiciones en su futuro esposo que nadie acertaba á llenarlas todas.

Mucho tiempo se pasó esperando el dichoso mortal que reuniera los requisitos necesarios, hasta que al cabo, una mañana la inglesa se decidió de repente, y anunció que se casaba. Grande fué el asombro que produjo la noticia, tanto mas cuanto que el elegido era un rival de medio pelo en quien nadie habria podido sospechar los elementos indispensables para el triunfo, lo cual acabó de herir el amor propio de los pretendientes derrotados.

La rica y hermosa heredera, como la mayor parte de las señoritas que se quedan rezagadas en la carrera matrimonial por sus exigencias ó caprichos, aceptaba por esposo á un hombre muy inferior á los que en el espacio de siete ó ocho años habian solicitado su blanca mano, á un noble oscuro sin fortuna y sin posicion, desprovisto de cualidades físicas, y lo que es mas en la triste edad de cuarenta y cinco años.

Por eso las negociaciones fueron envueltas en el secreto mas profundo. La ceremonia nupcial se verificó fuera de Lóndres, en presencia de un reducido círculo de parientes y de amigos. Este misterio favorecia las dudas de algunas personas que ni á tiros habrian creído en semejante enlace; y sin embargo, nada era mas formal y verdadero; el casamiento se verificó con todas las formas legales y religiosas.

Pero he aquí que dos ó tres días despues de la boda, la recién casada se escapa del domicilio conyugal, y se pone bajo el amparo de la justicia, declarando que aquel matrimonio se habia efectuado sin su consentimiento; esto es, que por su parte no habia obrado libremente, que habia cedido á una violencia moral; que, subyugada por un poder oculto, irresistible, habia obedecido á la tiránica dominacion que embargaba todas sus facultades.

¿Y cuál era ese poder sobrenatural que la habia esclavizado hasta el punto de someterla ciegameute á la odiosa intriga matrimonial de que era víctima?

Ese poder formidable era simplemente el magnetismo.

He aquí la declaracion de la engañada jóven:

— El hombre que se casó conmigo, dijo al pié, es un magnetizador sumamente diestro que ha querido hacerse una fortuna con su arte; me eligió por víctima, y cada formalidad del matrimonio se cumplió bajo la influencia del magnetismo. El sé fatal le pronuncé estando dormida. Lo mismo ante el escribano, que ante el magistrado y el sacerdote yo dormía. Recibí las felicitaciones de mis amigos, asistí á la fiesta de la boda, á la comida, al baile, sumergida en un sueño magnético profundo, y como el somnambulismo quita la memoria de lo que pasa bajo su influencia, al despertar me hallo casada contra mi voluntad, y sin saberlo.

Tal es la declaracion de la infortunada jóven que pide ante los tribunales el divorcio; como la Inglaterra es el país de las aventuras extraordinarias, es probable que la justicia forme causa al astuto magnetizador, con lo cual tendrémos un proceso nunca visto.

MARIANO URRABIETA.

20 noviembre de 1853.

## El Cáucaso.

Cualquiera que sea el origen de la homogeneidad de las diversas poblaciones del litoral, dice el conde Ernesto de Stackelberg, sus costumbres, su aspecto y su traje son casi idénticos en el Norte de Gagra. Por todas partes se nota la ausencia del orden y de la firmeza del gobierno; cada canton, cada valle forman una comunidad aparte, rigiéndose por tradiciones y costumbres que se

trasmiten de generacion en generacion. Los litigios entre los cantones son juzgados por asambleas generales presididas por ancianos notables. Este régimen republi-

cano se ve algunas veces modificado por la influencia de un príncipe, de un hombre hábil que merced á sus riquezas, á sus relaciones y al apoyo de una numerosa

parentela, impone leyes á su tribu convirtiéndose en un terrible amo y señor. Una alianza entre muchas poblaciones, una leva general para hacer una expedicion, son



El Cáucaso. — Partida de Tcherkesses saliendo á campaña.



El Cáucaso. — Alto de caza en Mingrelia.

acontecimientos raros y de corta duracion. En semejantes casos los hombres capaces de tomar las armas se concentran en el lugar de la cita, y constituyéndose en

asamblea tumultuosa discuten el plan de ataque, eligiendo luego los jefes que la han de llevar á cabo. Algunas veces la divergencia de opiniones produce la di-

solucion de la asamblea, ó bien algun mal presagio hace diferir la expedicion para tiempo mas oportuno. Una liebre que atraviesa el camino es un augurio fatal,

y este sencillo hecho basta para desanimar á los mas valientes. En cambio, el momento en que la luna entra en su cuarto creciente, es mirado como muy favorable para cualquier empresa. En fin, una vez adoptada una resolucion, la columna se pone en órden de parada, teniendo cada division á la cabeza sus jefes y sus distintas banderas: en seguida viene el grueso del ejército sin órden de marcha llevando delante los mejores caballos y á retaguardia los peores. La caballeria no se hace acompañar de la infanteria mas que en los casos extraordinarios de peligro. Esta tropa se mueve con una rapidez indecible y no lleva ningun bagaje que pueda entorpecer sus marchas, aunque la campaña dure muchos dias. Andan doce ó quince leguas cada noche, pero siempre de modo que puedan efectuar alguna sorpresa al amanecer, género de guerra para el cual está admirablemente dispuesta aquella tropa de montaña. Los caballos no llevan herraduras, la vaina de los sables es de madera cubierta de cuero, llevan el fusil cubierto con funda, en una palabra, no hay nada que brille, nada que suene, de modo, que un escuadron de tcherkesses avanzando al galope no produce ningun ruido. Llegado el instante supremo todos se descomponen, se separan desordenadamente dando fuertes gritos; cada individuo acomete de frente guiado por su instinto ó su valor, y el primer impulso es casi siempre irresistible; pe-



El Cáucaso. — Palacio del khan de Bakú.

TIPOS DE LAS RAZAS CAUCASIANAS.



Tcherkesse, musulman sunnita.

Mingrelm, cristiano griego.

Tártaro nogais, musulm. sunnita.

Georgiano, crist. griego.

Armenio, crist. igles. de Arm.

Kurd, Adepto del Diablo.

Tártaro del Chirvah, musulman cheik.

Indio de Bakú, adorador del fuego.

Lesguino, musulman cheik.

Cosaco de Terek, cristiano griego.

ro despues del combate la retirada es rápida tambien hasta ponerse al abrigo de toda persecucion, y así no hacen alto sino cuando se sienten agoviados por la fatiga ó por el peso del botin. Entónces proceden á repartir lo que corresponde á cada uno, lo que rara vez se verifica sin sangrientas cuestiones; despues vienen la gresca y la alegría, contando cada cual sus hazañas, mientras que los parientes de los guerreros muertos lloran amargamente sobre los cadáveres que se han llevado en la retirada. Dejar un muerto en poder del enemigo es una mancha indeleble a los ojos de los habitantes de esta parte del Cáucaso.

Algunas veces sucede que un destacamento de tropas rusas marcha pacíficamente, y se ve de pronto inquietado por un fuego graneado de jóvenes del país que les tiran para probar su puntería, sin que esto traiga graves consecuencias; pero si un tcherkess cae muerto ó herido, el negocio cambia de aspecto dándose una batalla formal, pues todos los hombres capaces de batirse se precipitan hácia el que ha caido para quitárselo á los enemigos que tienen tambien en mucho la gloria de apoderarse del cadáver. El combate es cada vez mas encarnizado, y hay ocasiones en que por coger un cadáver caen una docena á su lado.

« El amor de la familia y los lazos del parentesco tienen poca fuerza entre los tcherkesses, que miran los sentimientos tiernos como indignos de un guerrero, y así cuando un militar vuelve á su

patria despues de una larga ausencia no va inmediatamente á ver á su mujer y á sus hijos; aguarda á que llegue la noche y aun se disfraz para satisfacer á

los instintos de su corazon. Preguntar á un tcherkesse por la salud de su familia, ó si es casado, es una grave ofensa y hasta una intraccion á su código de fa-

milia. El hijo de una familia noble se confia desde muy niño á la direccion de un preceptor que le cuida hasta la edad de diez y ocho años, enseñándole entre

otras cosas el manejo de las armas. Esta costumbre contribuye á disminuir el amor del hijo al padre en favor del preceptor que fué el compañero de su infancia.

« Los tcherkesses son conocidos por la belleza de su raza tan estimada en Turquía y en el Egipto. Tienen generalmente las facciones regulares, la nariz recta y aguileña, los ojos expresivos y la barba muy bien cuidada. Se afeitan el cráneo, dejándose crecer solo un mechón de pelo, para que los infieles lleven sus cabezas sin mancharlas en caso de que mueran en la guerra. Lo delgado de su cintura, y sus pequeños pies elegantemente calzados, siempre les dan un aire notable de gracia y distinción. Desde la edad mas tierna las muchachas se adhieren á la cintura un corsé de piel que solo su marido cuando se casan tiene el derecho de aflojar cortándolo con su puñal. Como no se dedican á los trabajos penosos del campo, segun se verifica en otros puntos del Cáucaso, conservan la blancura de su tez y merecen en todos conceptos la reputacion que gozan por su hermosura. Aunque las doncellas disfrutan de alguna libertad, las casadas se ven muy vigiladas y siempre sujetas á las ocupaciones del hogar doméstico. Solo las mujeres de los príncipes gozan un poco de libertad, conservando una posicion excepcional, y se hallan rodeadas de honores y de privilegios extraordinarios. Así, por ejemplo, una mujer de alto nacimiento no debe tocar nunca la tierra cuando anda, si se retira de la alfombra en que se sienta á la oriental, coloca sus pies sobre banquillos á los cuales se adaptan correas que los convierten en chanclos para poder andar con ellos, triste privilegio que obliga á las pobres mujeres á estar constantemente sentadas ó acostadas.

Imitemos por un momento á las grandes señoras tcherkessa. Pasemos sin tocar la tierra desde un extremo de la costa oriental del mar Negro al otro extremo: vamos á Mingrelia para asistir á una cacería.

¿Qué imponente espectáculo es el que se ofrece á los ojos del viajero cuando desembarca en Redut-Kalé para ir á Cutais atravesando el *Odicha*. Por do quiera se halla un suelofértily y una lujosa vegetacion. Los árboles y las plantas rivalizan en frescura; las viñas parece que huyen de la humedad del suelo y se enlazan unas con otras, atravesándose, subiendo y volviendo á caer en festones graciosos cargados de racimos. Este gracioso cuadro está dominado por un anfiteatro de montañas cubiertas de espesos bosques, tras de las cuales se eleva un segundo rango de crestas de roca confundiendo en una azulada lontananza. En fin, por encima de estas alturas gigantescas asoman su cabeza cubierta de nieve el Elbrus y la brillante cima del Pass-mta que dan nacimiento á los rios Indur, Hippus, y Phaséo. ¿Qué distintos pueblos y qué numerosas generaciones extinguidas han pisado esta tierra clásica donde la naturaleza prodiga sus tesoros! Todavía hoy es esta una mina fértil que merece explorarse por el viajero ávido de impresiones y de escenas nuevas. En medio de nuestro siglo monótono y nivelado por una prosáica civilizacion, se encuentran aquí los recuerdos de la edad media y las costumbres del feudalismo. Los grandes tienen sus vasallos y ellos lo son á la vez del príncipe á quien pagan tributo.

Estos hombres se dedican con un placer particular á la caza en que son muy hábiles, y no hay cosa mas bella y arrogante que un *mingrelino* á caballo llevando en una mano la escopeta y en la otra el halcon su compañero de caza inseparable.

El príncipe actual de la Mingrelia, uno de los Dadian cuya dinastía empezó en el siglo XIV, es tan aficionado á la caza, que para entregarse mas libremente á su diversion favorita, ha abdicado de hecho sus poderes en favor de su hijo el coronel David Dadian, jóven de veintiseis años, casado con una princesa Tchevtchevadzé. El príncipe se hace acompañar en sus cacerías por los altos dignatarios de su corte, y una vez en el campo todos se entregan á una diversion y trato familiar. Primero cazan, despues hacen su comida que se hacen servir sobre la fresca yerba, sentados á la oriental, y luego viene la danza con sus gestos expresivos, con esos movimientos inspirados que sola la España conoce entre los diversos pueblos de Europa.

Pasemos de la Mingrelia, saltando las montañas del Cáucaso á Bakir, que está á la orilla occidental del mar Caspio, y para evitar prolijidad digamos algo solamente del palacio del Khan de Bakir. Este palacio fué construido por Abdas II, rey de Persia; está situado en la parte muy elevada de la ciudad, y aunque conserva algunos vestigios de su antiguo esplendor, no presenta hoy mas que ruinas en medio de las cuales viven unas treinta familias tártaras y persas de las mas pobres.

A. H.

### La puerta del Sol.

No busques, amigo lector, ni al dependiente del resguardo, que dando el quien vive á los géneros de nuestra propia familia, mas parece un espía de la industria extranjera, que un protector de las nacionales; ni al dependiente de la municipalidad que cobra un cuarto por lo que pueden ensuciar las calles los que solo traen intencion de ensuciarlos el estómago, ni busques al portero, ni preguntes por la portería.

No te acerques á examinar si son de madera ó de

hierro, ó si están forradas en plata y claveteadas en oro; no pretendas hallar el cerrojo, ni creas que es un misterio el no encontrar la cerradura.

La Puerta del Sol es de la misma familia que la Otomana, y ambas gozan el privilegio de estar abiertas sin que nadie achiere á cerrarlas, y sin que se haya podido saber cómo lograron abrirlas.

Pero si algun anticuario, de los infinitos que pretenden poseer un eslabon de la cadena de los mares que circunda el globo, te dice que tiene la llave de la Puerta Otomana, dale las gracias por la noticia, y toma al punto en secreto el camino de Lóndres si quieres hacer un negocio estupendo ó una jugada redonda, como decimos hoy, que todo se ha convertido en un puro juego.

Algunos te aconsejarían que fueses á Rusia á vender la noticia del hallazgo, pero no hagas caso, no ganarias un ochavo por ese camino. Tiene el Czar una llave maestra para entrar cuando quiera á apagar con sus bayonetas el brillo de la media luna, y la usará algun día, no tengas cuidado, ya parece que está echando su ojo al idem de la cerradura. Los ingleses en cambio no tienen sino un cerrojillo diplomático que para mayor dolor, parece estar enmohecido, y si tú les proporcionas la llave y lograra cerrar la puerta, te darán cuanto les pidas. Si te preguntan cuanto quieres por el cerrojo, date por satisfecho con el uno por mil de lo que á ellos les valga el negocio; son comerciantes y no les asustará tu franqueza.

Todo esto lo haces si la casualidad te proporciona ese hallazgo, pero á propio intento no le busques, porque la llave de la Puerta Otomana tengo para mí que está en San Petersburgo, y hace allí demasiado frío para que yo aconsejase á mis lectores que vayan á tomar una pulmonía autocrática. Por otra parte, lo que á tí te interesa hallar, no es la llave de la Puerta Otomana, sino la del Sol, y esta no te canse en buscarla, porque ha tiempo que los vagos la arrojaron al mar de *il dolce far niente*.

Asimismo te encargo que no pierdas el tiempo en procurarte cartas de recomendacion ni billetes de permiso para entrar allí, porque eso supondria que te ocupabas de algo, y ya no serias admitido por los guardas de la Puerta del Sol.

La Puerta del Sol es, ni mas ni ménos, que la tierra de Jauja, donde como dicen las gentes, se come, se bebe y no se trabaja, y no quiero que te inhabilites para pisar sus famosos umbrales.

Su arquitectura no es gótica, ni romana, ni árabe, ni siquiera churrigüesca, por mas que esto último parezca lo mas exacto, atendido el arlequinado conjunto de sus heterogéneos retazos. La verdad es, que no hay verdad ninguna, empezando por ella misma que es una solemne mentira. Si en vez de llamarse Puerta del Sol, se dejara llamar Puerta de la Sociedad, nadie extrañaria que fuese el verdadero pórtico de todos los vicios; pero los holgazanes que la habitan dan una gran prueba del teson con que ejercen su oficio, llamándola Puerta del Sol, porque así indican que su pereza es tanta, que ni aun para tomar el sol se dan el trabajo de pasar de la puerta.

Ella tiene, sin embargo, su etimología histórica, y pretende ser una puerta jubilada del siglo XVI, y si te paras á oírlo, te dirá que era nada ménos que puerta de un castillo, en el que habia pintada una imagen del sol. ¿Pero quién hace caso de etimologías, ni de abolengos, ni de tradiciones históricas, hoy que al anocheecer se declara viejo y caduco lo que nació aquella misma madrugada?

Medrados estamos si hubieramos de perder el tiempo en averiguar el porqué de las cosas, hoy que cada cual recibe el título de lo que debe ser con solo ocultar las pruebas de lo que ha sido, y presentar el testimonio de lo que está siendo.

No, amigo lector, dejemos á los archivos agotados por las enciclopedias, y demos un paseo por la Puerta del Sol de 1853, sin cuidarnos poco ni mucho de la de mil quinientos y tantos.

Obrando así, no habrá nadie que nos tache de embusteros ni de encubridores. Si ella tiene una fe de bautismo que acredite su mayor edad, ¿porqué la esconde? ¿Porqué encubre sus canas bajo la rubia peluca del modernísimo asfalto? ¿Porqué no nos dice el año en que ha nacido, así como nos cuenta que el año en que se ha maridado con el asfalto ha sido el de 1848, siendo su padrino de pila el Excmo. Sr. conde de Vista-hermosa, alcalde corregidor de esta M. H. V.?

Pues, vive Dios, y no lo digo por jurar, que no hemos de tomarla en cuenta ni un año mas de los que ella propia declara. Y debe agradecernos esta conducta, porque nos veriamos obligados á pedirle explicaciones de la que observó en la guerra de la Independencia, abriéndose de par en par á los franceses enemigos, y mas tarde á los aliados, y siempre á los revolucionarios, á quienes ha recibido sin dificultad de día y de noche alborotando la casa con los escándalos que daba en el portal de la misma.

Así nos será fácil perdonarla el orgullo con que insultaba á los vencidos haciendo pregonar á los vencedores la gloria de haberla tomado. La gloria de la Puerta del Sol que tiene diez mangos por donde agarrarla.

Pues no lo tomes á broma, lector, hubo un tiempo en que se decía que se tomaba la Puerta del Sol, y en que el tomarla era casi tenido por un milagro. Pero dejemos tiempo que no nos pertenece; nosotros vamos á tomarla despues que ella ha cubierto sus culpas con el tupido velo del asfalto.

Procura no pisar el epitafio que allí está esculpido en

caractéres de bronce, cruza los brazos, abre los ojos y mira.

¿ Ves esa mezquina fachada que parece la de una pobre ermita de la mas pobre aldea del mundo? pues es nada ménos que la famosa iglesia del Buen Suceso, conocida en toda España y en el extranjero, por haber tomado asiento de preferencia en la corte de ambas Castillas. Es un pequeño hospital en el que hoy se curan provisionalmente los infinitos heridos que produce la nueva industria de los carruajes. Recordando que el día 2 de 1808, en vez de curar los heridos, dejó que los franceses fusilaran dentro de su recinto á algunos españoles, pueden aplicársele con cierta oportunidad estos cuatro versos:

El señor D. Juan de Robles  
Con caridad sin igual,  
Hizo este santo hospital  
Y tambien hizo los pobres.

El adorno mas célebre de esa fachada es el reloj, que marcando día y noche las horas, parece ser la voz de mando que obedecen con puntualidad los vagos, girando y contragirando al sol y á la sombra.

Muchas veces habrás leído en los billetes de las diligencias que los carruajes *saldrán con el reloj de la Puerta del Sol*, y sin embargo van solos, que el reloj no sale con nadie; y si hace alguna salida, es de juicio, trastornándose hasta el punto de llevarle al sol dos horas de ventaja ó de retraso. Tambien te dirán algunos que *llevan su reloj con el del Buen Suceso*, y esto tampoco es verdad, porque á no ser el gas que alguna noche le suele quitar la luz, no sabemos de ningun otro personaje que se le haya llevado de allí.

Puedes por lo tanto estar tranquilo y volverle la espalda, para dar frente á las calles Mayor y del Arenal, amenazadas siempre de tragarse la una á la otra, pero riéndose de los proyectistas que quieren medirles las espaldas para ensanchar el pecho de la una con la joroba de la otra.

La callejuela del Correo no la mires hasta las seis de la tarde; el inundo callejon del Cofre no le veas nunca y ganará la vista casi tanto como el olfato. La estrecha calle de Preciados, especie de cordon acústico que tiene la plazuela de Santo Domingo, para comunicarse con la Puerta del Sol, tampoco merece fijar tu vista. A la calle del Carmen puedes echar de vez en cuando una mirada para ver las tiendas y las mujeres que entran y salen y suspiran en derredor de ellas. Así tal vez te ahorrarás de preguntarme el ¿porqué no son honrados y probos todos los hombres que lo parecen?

Donde yo quiero que pongas toda tu atencion es en las embocaduras de las calles de Carretas, Montera, Alcalá y Carrera de San Gerónimo. Estas son las cuatro grandes avenidas del torrente; estos son los cuatro puntos por donde hemos de recibir el asalto, esas son las cuatro brechas por donde ha de sitiarnos el enemigo.

A los vagos de profesion, á los verdaderos parroquianos de la casa, no esperes verlos llegar por ninguna parte; entran por todas ó mejor dicho, están allí sin que nadie sepa por donde han venido, así como nadie puede asegurar que alguna vez se fueron.

Ellos son el ejército permanente de la ociosidad, que guarnece el castillo de la vagancia.

Son una gran cantidad de sangre, doblemente perdida, que aplicada á la locomocion podria representar una fuerza de 500 caballos.

Considera, lector, si no es una gran lástima que el gobierno deje perder esa fuerza, hoy que estamos en camino de aprovechar hasta el vapor que se escapa del humilde puchero del artesano.

¿Porqué hemos de andar bebiendo los vientos para agarrar el aire y estrujarle las entrañas hasta hacerle que sude su cacho de contribucion locomotora sin haber utilizado primero la última gota de sangre perdida?

En buen hora que, por respetos á la especie humana se guarden al vago ciertas atenciones, y no se le obligue á hacer rodar una carreta, ni á mover los arcaduces de una noria, pero dejar que se pierda su sangre, es un desatino.

En su misma adorada peana de la Puerta del Sol sin hacerle perder su estatuaría figura, hay un medio de utilizar su sangre, y nosotros no queremos dejar pasar esta ocasion sin proponerse á la superior inteligencia del gobierno de S. M.

El reciente descubrimiento de la fuerza magnética es la mejor ley de vagos que pudieran haber inventado los mas famosos licurgos de estos tiempos, y vamos á probarlo con el siguiente ejemplo:

Colóquese en medio de la Puerta del Sol una bomba hidráulica de la fuerza de 300 ó 400 caballos, construida de manera que funcione por un movimiento de rotacion parecido al de las norias; encima del eje ó árbol principal fijese una gran tabla, especie de mesa redonda en cuyo borde quepan á la vez las dos mil quinientas manos de los asistentes á la Puerta del Sol, y ya está hecho el milagro.

¡Oh! si esto se hubiera pensado ántes de empezar la construccion del canal de Lozayo! Pero mas vale tarde que nunca; colóquese la máquina, que los vagos no se opondrán á darla movimiento. ¿Qué trabajo les cuesta establecer el contacto de los pulgares y de los índices y girar en cadena magnética al rededor de la máquina? Si les dijeran que era preciso abandonar la Puerta del Sol, el sacrificio era mas costoso; pero nada de eso, pue-

den seguir allí, y aun siendo magnetizadores, seguir pareciendo vagos.

Mientras llega ese día, que llegará apenas llegue mi proposición á noticia de alguna compañía anónima, les dejaremos andar cruzando desde el sol á la sombra, y vice-versa, atentos siempre á contar las campanadas del reloj, no para saber la hora que corre, ni las que van corridas, sino para contar las que han de ver correr sin moverse de allí.

Olvidados de ellos y considerando su inmovilidad como la de los edificios que forman la irregular plazuela, vamos por fin á examinar los diferentes grupos en que puede dividirse para el verdadero estudio craneoscópico de sus facultades morales.

Sin movernos un punto del asfalto, especie de muelle del lago, vamos á ver las diversas islas de ese archipiélago, y á examinar las distintas razas que las pueblan. Razas degeneradas de las cuales algunas, aunque pocas, conservan un aire tradicional de los tiempos primitivos.

Es la primera, la mas madrugadora de todas, la de los *cobradores del comercio*, especie de jorobados voluntarios, que por no inclinar su cabeza ante el vil metal, le llevan á la espalda, sin que le puedan aplicar aquellos versos de un célebre fabulista:

En una alforja al hombro,  
Llevo los vicios,  
Delante los agenos  
Detrás los míos.

Precisamente nada de cuanto esos honrados isleños llevan á la espalda es suyo. Aquella protuberancia, que á veces no podrían en 70,000 reales, es agena, y mas de un ocioso de los que viven en las islas inmediatas, abre los ojos y se relame de gusto pensando en el que tendria si le dejasen reventar aquel tubérculo. Pero cuando se les ve congregados en la Puerta del Sol, aun no se les conoce la joroba. La llevan plegada debajo del brazo, y se entretienen en averiguar domicilios, en informarse de si algun golfo mercantil se ha declarado terreno quebrado, y en comunicarse las contraseñas para conocer la moneda falsa y el papel idem.

Al islote de su propiedad y del cual los cobradores no ocupan sino un pequeño espacio, van abordando sin cesar los agentes de bolsa, los corredores, los capitalistas, los aficionados á tener capital ó á que por tales los tenga el público, y por último, los *zurrupetos*.

Esta especie de la gran familia mercantil, aproximación homeopática del capitalista, átomo invisible del comerciante y pesadilla perpetua del corredor, y aun del agente, es numerosísima. La exclaustación, la ley de mayorazgos, y las once mil sociedades anónimas, crearon esa nueva industria, que recibe sin embargo su mayor refuerzo en las prematuras cesantías de las oficinas del Estado. Las muertes repentinas que ocasionan las reales órdenes no dan el tiempo necesario para asegurar la certeza de la defunción, y como en el cementerio de las clases pasivas no se depositan previamente los cadáveres, resulta que todos ellos son otros tantos Lázaros que van á resucitar á la bolsa.

Allí se entregan... primero á ver, luego á escuchar, mas tarde á oler, y cuando empiezan á gustar el sabor de los negocios, palpan las ventajas de alguna *prima*, que apenas les alcanza en quinto grado de consanguinidad metálica.

Pero el *zurrupeto*, que parece el último habitante de la isla mercantil, es siempre el primero en todos los negocios.

Antes de cruzar el golfo de la Puerta del Sol, ya ha leído los periódicos extranjeros en casa de Monier, y enterándose de los cambios de Amsterdam y de Edimburgo, sobre cuyas plazas ni tiene quien le dé ni quien le pida un ochavo de yerba buena. Los artículos de fondo de la prensa madrileña los sabe de memoria, porque dice que no es buen comerciante el que no observa el rumbo de la opinión pública, para calcular la vida del ministerio, y las probabilidades del reemplazo, y todos estos datos juntos sumarlos para ver si dan por resultado el alza ó la baja de los fondos. Tampoco estas noticias le importan ni poco ni mucho, porque él no juega ni la paga de cesante, que dicho se está que no es moneda corriente, y aunque lo fuera, Dios solo sabe cuando llegará á cobrarla.

Un manojo de cartas y otro de papeles doblados á manera de pólizas es de rigor en el bolsillo del *zurrupeto*, y los saca sin cesar en presencia de todos para darse un golpe en la frente, como si le pasara el haberse dejado en la cartera el mas importante de todos. Si un amigo se acerca á darle los buenos días, y á informarse de la salud, le contesta al oído y con cierto aire de misterio ni mas ni menos que si le hubiese propuesto alguna jugada.

Bullendo sin cesar, y marchando de uno en otro corrillo, pasa la mañana hasta las dos de la tarde, que se dirige á la bolsa.

Pero allí le veremos en otra ocasion, porque ahora no podemos apartarnos de nuestro observatorio.

Hemos de seguir pegados al asfalto hasta que hayamos visto todas las razas, y bien puede decirse que aun no hemos comenzado la tarea.

FLORES.

(Se continuará.)

## Comunicaciones entre el Atlántico y el Pacífico.

¿Cuál es el mejor camino que se puede escoger, en el actual estado de cosas, para atravesar la larga y estrecha lengua de tierra que separa el mar Atlántico del Pacífico? En el *Eco del Pacífico* vemos un artículo, que si no resuelve la cuestion, ofrece á lo ménos, con este objeto, indicaciones muy interesantes.

He aquí sus principales períodos:

El público sigue preocupándose de esta importante cuestion, debatida varias veces por todos los órganos de la prensa. A la vista tenemos una petición, cubierta de firmas, en favor del camino de Nicaragua, que ofrece sobre todo de algunos meses á esta parte ventajas de rapidez que no pueden lograrse por la línea del Panamá. Además, el contrato celebrado con la compañía que transporta actualmente el correo, está concebido en tales términos, que el gobierno de los Estados-Unidos puede en ciertos casos modificar el suyo con esta compañía. Se dice en él: «Que cuando se establezca una comunicación mejor entre los dos Océanos, el ministro de Marina y el director general de Correos están autorizados para formar arreglos con los presentes *contratistas* de la línea del Océano Pacífico, para cambiar el punto de partida del servicio bi-mensual, con el fin de lograr mas prontitud y economía.»

«El artículo 8º del referido contrato reserva los términos pecuniarios de la modificación para cuando la línea esté definitivamente establecida.»

«Hoy recibe la compañía de la mala del gobierno de los Estados-Unidos la suma anual de 349,250 libras esterlinas por la conduccion del correo entre los Estados-Unidos, la California y el Oregon; M. George Law es el empresario.»

«La imprenta de San Francisco está dividida en esta cuestion. Los unos quieren la línea de Panamá, establecida tiempo hace, que ha hecho el servicio mas regularmente, que posee mayor número de vapores; los otros prefieren la línea rival; explicando los progresos conseguidos por su agente actual M. Garrison, y apoyándose en la opinion del público que se ha pronunciado en favor de esta empresa.»

«Por nuestra parte, vamos á examinar imparcialmente este interesante asunto, tan debatido por todos, y poco profundizado aun por nosotros.»

«A nuestro juicio, la cuestion de saber si el camino de Nicaragua es el mas corto, es ociosa; el exámen del Mapa responde satisfactoriamente puesto que en él se ve que es 500 millas menor que el del istmo de Panamá. En otro tiempo, aunque el mas corto realmente, este camino era el mas largo, en razon de que el servicio se hacia de un modo irregular, y los vapores empleados en él eran pesados en su marcha, ó de una construccion imperfecta para inspirar seguridad á los viajeros. Hoy las cosas han cambiado de aspecto: la compañía de Nicaragua posee cuatro vapores buenos: el *Pacífico*, *Sierra Nevada*, *Cortés*, y *Brother Jonathan*, uno de los cuales puede quedar de reserva para eventualidades y accidentes. Aun irémos mas allá; la experiencia de los tres meses últimos la consideramos suficiente para admitir que la cuestion de rapidez está decidida en favor de esta vía. Todos saben, con efecto, que las noticias recibidas por Nicaragua han precedido regularmente dos á cuatro dias á las de igual fecha, traídas por los vapores del correo.»

«Así pues, para el público en general, las provisiones reservadas en el contrato están cumplidas.»

«Una nueva complicación viene sin embargo á surgir entre esta especie de conflicto que existe entre los dos caminos de que nos ocupamos. La de la comunicación proyectada por el istmo de Tehuantepec.»

«Como título ó concesion, el camino de Tehuantepec está aun sujeto á discusiones que pueden diferir, sino embarazar totalmente la ejecución de este trabajo. Así, el título de concesion, poseído originariamente por M. Garay, y vendido subsidiariamente á ciudadanos americanos, está todavía en pie, y los poseedores actuales sostienen que el gobierno mejicano no tenia derecho para disponer de una comunicacion que les ha sido formalmente concedida. Estos ciudadanos habian enviado una expedicion científica, diez y ocho meses hace, al istmo de Tehuantepec, mandada por el mayor Bernard; ellos han gastado sumas enormes que les hace perder el contrato Sloo, con el cual no tienen nada que ver. El ministro de los Estados-Unidos en Méjico estaba encargado de sostener los derechos de sus compatriotas, y aun habia celebrado con el gobierno mejicano su arreglo que no ha ratificado el congreso, apoyándose en la falta de poder de Garay. Despues de esto, que ha tenido un momento tal importancia política, que se ha creído que podia dar lugar á una guerra entre los dos gobiernos, se ha presentado M. Sloo. Este, con el fin de destruir la resistencia del gobierno de Méjico, se ha asociado con muchos personajes influyentes para darle un color nacional, y á esto ha debido el éxito de su proyecto. Un nuevo tratado ha sido celebrado con Méjico, con el objeto de garantizar mutuamente la empresa, pero este tratado no ha sido ratificado por los Estados-Unidos, y parece dudoso que lo sea, porque implicaría el abandono de los derechos de los sucesores de Garay, y segun noticias ya publicadas, el presidente Pierce no parece dispuesto á resolver la cuestion.»

«Antes pues de empezar los trabajos del istmo de Tehuantepec, hay obstáculos que vencer, y aunque se conceda que se allanen, esto exige algun tiempo.»

«Este exámen no sería completo si no dijéramos algo

acerca de una 4.ª compañía, (las de Panamá, Nicaragua y Tehuantepec son las tres primeras) que intenta establecer una comunicacion á través del territorio mejicano, Vera Cruz y Acapulco. Los empresarios han logrado dos veces el traer noticias mas pronto que las otras líneas. Pero eso es una excepcion, en concepto nuestro, que no podria servir de base para una combinacion formal. Con efecto, un mensajero expedido de Vera Cruz, despues de la llegada del vapor que hace el servicio entre esta ciudad y la Nueva-Orleans, puede en cinco dias llegar á Acapulco y llevar un paquete pequeño de papeles y pliegos que será recibido por el vapor de San Francisco. Estas noticias pueden ser transmitidas de Nueva Orleans á este punto en 17 ó 18 dias. Pero si se tratara de hacer atravesar las 500 y pico de millas que separan á Vera Cruz de Acapulco á un convoy de mulos que llevase dos ó trescientos sacos de correspondencias, en tiempo de lluvias, por ejemplo, cuando los caminos de Méjico están casi intransitables, no habria medio de contar dia fijo de llegada del correo: diez ó doce dias se podrian adoptar por término medio razonable.

«Así pues, al presente, la línea del Nicaragua, cuyo servicio está regularmente establecido, es la que ofrece una comunicacion mas rápida, y la que debe ser elegida para el transporte del correo. Los intereses del comercio lo reclaman, y si no intentamos demostrarlo, es porque creemos que una economía de dos ó tres dias por viaje, es un hecho patente y bastante para que sea necesario explanar las ventajas que deben de resultar de ella en favor del público.»

## El valle de Sixto (Saboya).

Vamos á hablar de uno de los mas interesantes valles de la Saboya aunque no de los mas conocidos y frecuentados sin duda por su posicion aislada, y porque estando cerrado enteramente por montañas altas y silvestres se ha sustraído á la curiosidad de los viajeros. Cuando se ha atravesado el desfiladero de Tines por cuyo fondo pasa el Gifre y se baja al valle de Sixto, la vista se extiende á la derecha sobre las montañas por las cuales se va al lago de Gers, y un poco mas adelante se halla la punta de las Plazas, aguda pirámide cubierta de abetos hasta su cima. En frente se ve la grandiosa punta de Sales cuyas áridas rocas se levantan á una gigantesca altura sobre el horizonte como puede verse en el tercer grabado que á este artículo acompaña. A la izquierda de la punta de Sales está el Monte-Buet, con sus nieves eternas que se distinguen desde Génova, y este debería dominar á todo el valle, pero está tapado en parte por una cuesta; tiene la rara forma de una muralla cubierta por una especie de techo inclinado, y por esta razon se la ha dado el nombre de Granero.

Las montañas vecinas encierran excelentes minas de hierro, y no han dejado de hacerse tentativas para su explotacion, aunque todas inútilmente, pues sería necesario profundizar demasiado para hallar el mineral y bajarlo luego á cuestras lo que aumentaria mucho los gastos de la explotacion. Por otra parte el valle de Sixto, nombre que en otro tiempo se pronunciaba y escribía *Siza*, y que sus habitantes pronuncian hoy en su dialecto *chi*, con una aspiracion análoga al *ch* alemán, se halla entregado como casi todos los valles de la Saboya á la industria de la fabricacion del queso. Sus pastores gozan de una reputacion europea y sacan mucho dinero de la Francia particularmente. El contrabando es tambien un gran recurso para dichos habitantes que hacen pasar la frontera á numerosas cargas de tabaco, azúcar, sal y pólvora, gracias á lo cual la libra de tabaco que se vende á diez reales vellon en Saboya, cuesta solo tres reales en Valais donde todo el mundo fuma tabaco de contrabando, y puede asegurarse que allí todos los ciudadanos han sido, durante mas ó ménos tiempo, contrabandistas. Este es oficio algo penoso. Las montañas que hay entre el valle de Sixto y Valais son muy altas, muy escarpadas, y estas son las que por su propia seguridad se ven obligados á elegir los contrabandistas en sus incursiones. Algunos de estos montañeses llevan á cabo su empresa transportando hasta ochenta libras.

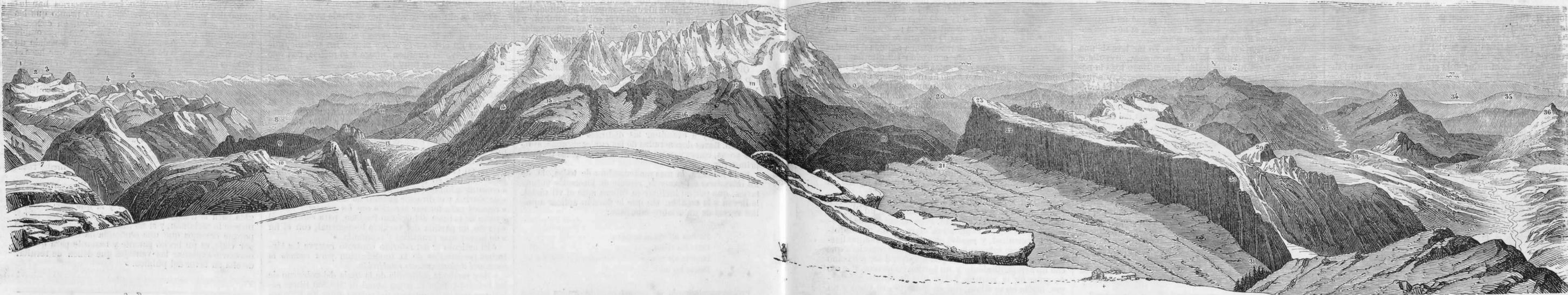
Además de la fatiga excesiva consiguiente á este ejercicio, los contrabandistas tienen que exponerse á terribles perances. Hará siete ú ocho años que dos contrabandistas pasaban sal de Valais, en el mes de noviembre; los habitantes de este último punto habian trasladado sacos de á cincuenta libras por el valle de Trient. Debiendo pasar despues por el valle de Sixto y atravesar las alturas de la Herradura. La nieve caía en abundancia y los montañeses sin hacer caso del tiempo siguieron su camino cada uno con su costal á cuestras. Poco tiempo despues estos dos hombres se encontraron muertos sobre la nieve.

Las montañas de la Herradura de que acabamos de hablar, son una de las maravillas del valle de Sixto; forman un vasto circo de altas murallas calcáreas, cortadas en hilos de colores sobre los cuales resbala el agua de varias cascadas alimentadas por el deshielo de las nieves de Prarion y del Graneron que las dominan. A sus piés se ven montones de rocas enviados allí por los temblores de tierra, uno de los cuales dejó sepultado en 1602 el pueblecito de *Entre-deux-Nantes* con todos sus vecinos. El recuerdo de este acontecimiento que excitó

Este.

VISTA PANORÁMICA DEL MONTE BLANCO, TOMADA DEL ALTO DEL MONTE BUET.

Oeste.



CIMA DEL MONTE BUET.

¶ Punta de Pictet.

el zelo y la piedad de san Francisco de Sales se ha perpetuado por una procesion que los habitantes hacen todos los años, y por una capilla rústica situada en la llanura de la Herradura que tiene esta inscripcion: « Monseñor Rendu concede cuarenta dias de indulgencia á los que recen un Padrenuestro y un Avemaria delante de este oratorio.— Aquí fueron enterradas veintiseis casas bajo una mole de rocas en 1602. » Esta capilla está situada poco mas allá de la Cruz de Pelly, término comun de las excursiones de los viajeros, y que dista una legua de Sixto. La montaña sobre la cual está plantada dicha cruz está al Este de la punta de Tenneverges cuyas alturas escarpadas y fantásticas se han considerado inferiores á las del Graneron, error que se encuentra sancionado en algunas publicaciones modernas; sin embargo las últimas medidas verificadas dan 8,169 piés de elevacion sobre el nivel del mar al Graneron, y 7,000 piés solamente á Tenneverges.

El valle de Sixto se divide en dos partes: una al Sur ganando las bases del Buet, y la otra que se extiende al Este que va á unirse con la punta de Tenneverges para prolongarse hasta un valle salvaje y sin salida llamado de la Comba. Este está formado por las rocas desprendidas del Prazon y del Montruant, montes cuajados de ventisqueros y de cascadas forman una línea de union impracticable. Algunos atrevidos montañeses van sin embargo á cortar la yerba en la pendiente de las cuestas al borde de inmensos precipicios y luego la llevan en hazes al hombro pasando por estrechos senderos y atravesando diferentes cascadas, y estos trabajos ocasionan de vez en cuando algunas desgracias. Dos años hace que un hombre queriendo pasar con un enorme haz de heno y no pudiendo verificarlo, arrojó su carga precipitándola desde lo alto de la roca para recogerla al bajar, pero perdió el equilibrio y pereció juntamente con un hijo suyo que quiso evitar su caída.

1. Punta de Tenneverges. — 2. Pico del Mediodía. — 3. Torre Saillier. — 4. Pico de Morcles. — 5. Diablerets. — 6. Bel-Oiseau (pico de pájaro). — 7. Granero. — 8. Valle del Ródano. — 9. Cabeza negra. — 10. Cuello de Berard. — 11. Catogne. — 12. Cruz de hierro. — 13. Cuello de Balme. — 14. Agujas Rojas. — 15. Ventisqueros de las Agujas Rojas. — 16. Cuello de Anterna. — 17. Aguja de la Floriaz. — 18. Brevent. — 19. Poromenaz. — 20. Monte Bonito. — 21. Cuello de Anterna. — 22. Roca de Fiz. — 23. Agujas de Ayer. — 24. Aguja de Platei. — 25. Desierto de Platei. — 26. Cabeza del Asno. — 27. Aguja de Varens. — 28. Vallée Salanches. — 29. Punta Pelouze. — 30. Punta de Sales. — 31. Garganta de Anterne. — 32. Valle de Bonneville. — 33. Puerto. — 34. Lago de Ginebra. — 35. Voirons. — 36. Punta de Machilly. — 37. Tanninges. — 38. Fretas.
- a Ventisquero de la Revuelta. — b Ventisquero de Argentieres. — c Aguja Verde. — d Aguja del Dru. — e Jorasses. — f Aguja del Gigante. — g Ventisquero de los bosques. — h Aguja de Charmoz. — i Aguja de Mediodía. — k Monte Maldito. — l Cúspide del Gouté. — m Ventisquero de Bossons. — n Ventisquero de Laconnaz. — o Cuello de Tricot. — p Cuello de Voza y Pabellon de Buena vista. — q Prarion.
- v Cúspide del monte Blanco. — vv Montañas del Delfinado. — > Mole Fleury, ó Aguja del Reposoir. — v Punta de Arreu. — vv Jura.

El valle de Sixto lo mismo que el de Chamoni tiene á dercha é izquierda su Monte-Blanco y su Brevent; su Monte-Blanco es el Monte-Buet, y su Brevent el Vodré. Solamente que al rís de lo que sucede en Chamoni se sube hoy muy frecuentemente á la cima helada de Buet, mientras que las ascensiones sobre el Vodré son sumamente raras, aunque no muy largas ni muy penosas. Puede subirse á la mayor elevacion en cinco bras desde Sixto.

No se ha fiado mucho la atencion todavia en el interés particular que ofrece este punto de observacion panorámico desde donde hay mas facilidad que en ninguna otra parte para estudiar y comprender la osamenta de todos esos gigantes de los Alpes cuyos

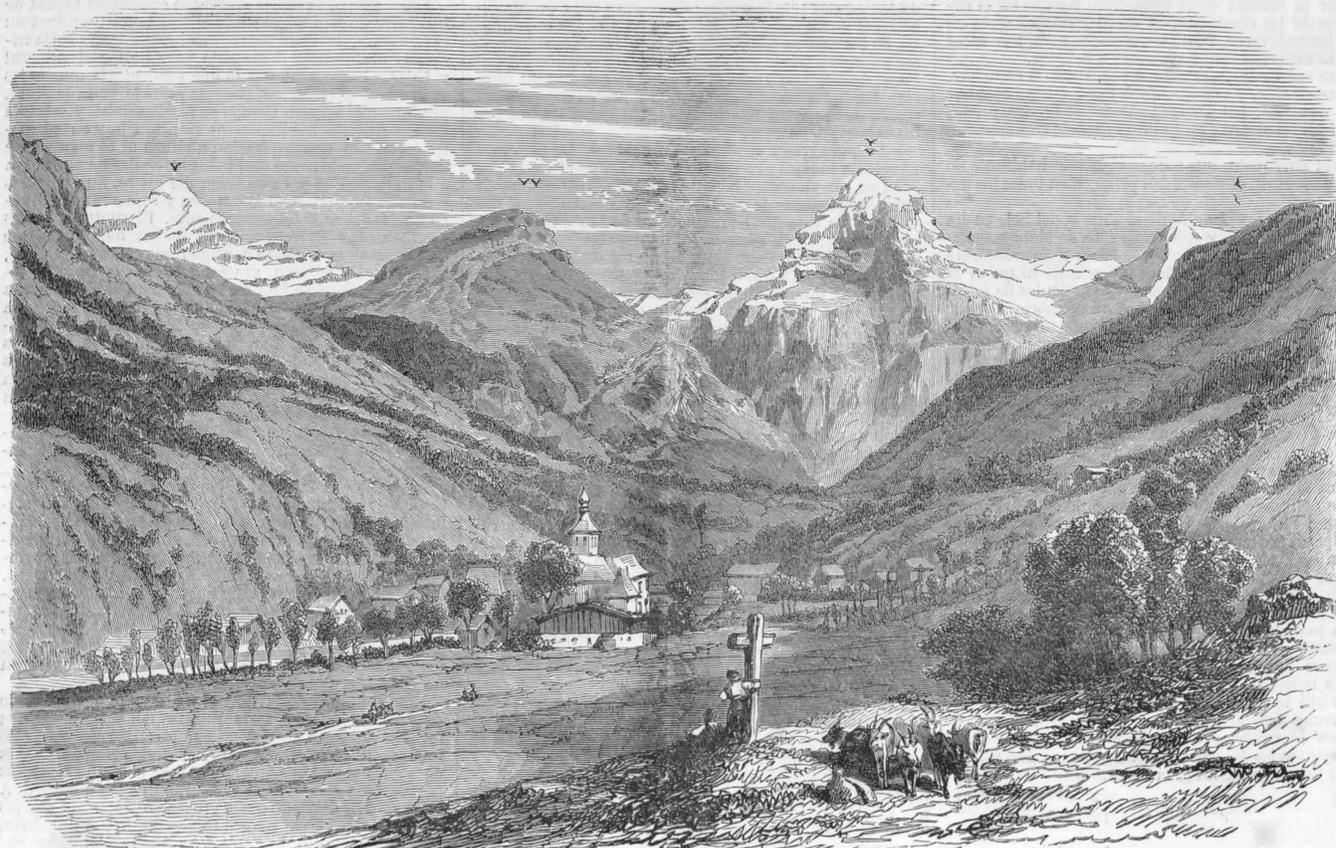
picos de todos lados se dirige hacia dicho sitio pero pronto ó tarde estos gigantes avanzan su justa ombra: el Vodré que casi desconocido hasta hoy tenía su época como todos los montes que elevan á las nubes sus crestas solitarias, y yo me alegraré mucho de contribuir á su gloria pelas impresiones que me ha hecho experimentar el espectáculo fantástico que se desarrolla desde su cima.

Escusado es decir que todas estas montañas y otras muchas de que no hacemos mencion especial por escusar á nuestros lectores la monotonía de una lectura interminable sobre cosas que tienen siempre cierta semejanza ofrecen por todos lados diferentes puntos de vista á cual mas graciosos y pintorescos. Uno de los puntos mas interesantes bajo este concepto es el que se ofrece por el lado S. O. del valle de Sixto, cerca de la cascada de Ruget. heo tiempo hace que tres cazadores siguiendo este derrotero tuvieron el capricho de imitar á la naturaleza en sus matanzas destructoras derriban-

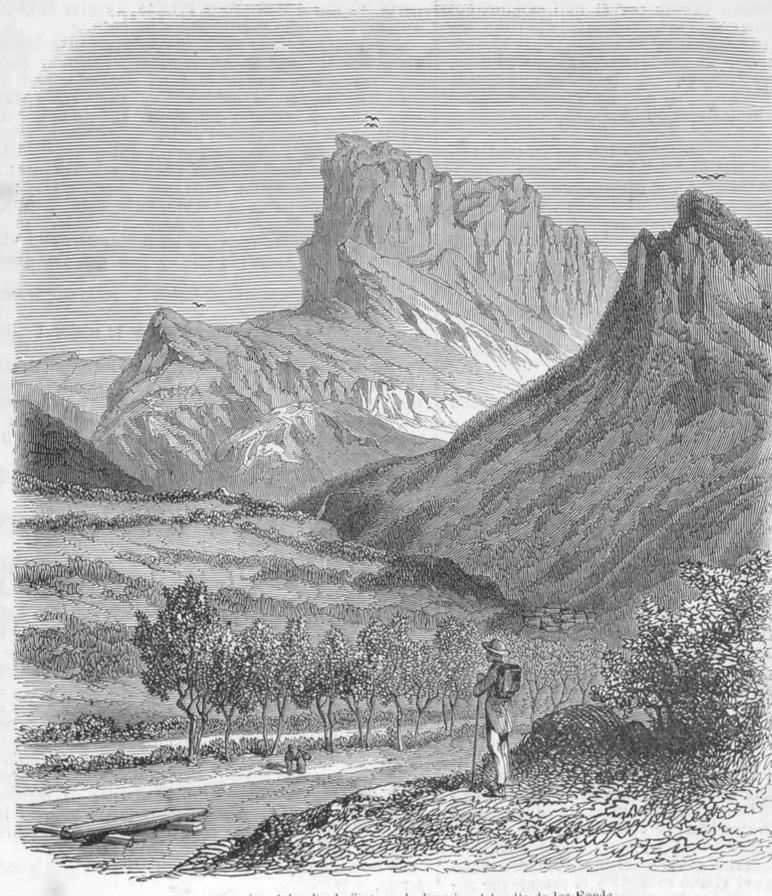
do un enorme peñasco que cayó desde la punta de las Plazas al fondo del valle. El empuño parecia gigantesco, pero no lo era puesto que la enorme peña socabada por las aguas estaba á punto de caer obedeciendo por sí sola á la ley de la gravedad, de modo que los tres cazadores no hicieron mas que precipitar su caída. Para esto se tomaron el trabajo de bajar á buscar palancas y el mayor trabajo de subir con ellas á aquella extraordinaria elevacion; acabaron de quitar la base á la inmensa mole y « era digno de ver, me decia uno de los que se entregaron á esta singular diversion, era magnífico el ver esta parte de la montaña rodando por la cuesta abajo y caer sobre los árboles que encontraba al paso, tranzando los mas gruesos lo mismo que los delgados, abriéndose paso entre todas las dificultades con que tropezaba, brincando en fin sin cesar hasta que halló mayor resistencia. » Mil piés mas abajo estaba un pobre hombre ocupado en segar yerba, y al oír el es-

trépito de la piedra corrió á refugiarse en su casa, pero la piedra que llevaba esta misma direccion, hubiera acabado con la casa y el hombre si en su caída, algo amortiguada por el bosque, no hubiera chocado con otra roca enorme que encontró en el camino, y sobre la cual se hizo mil pedazos.

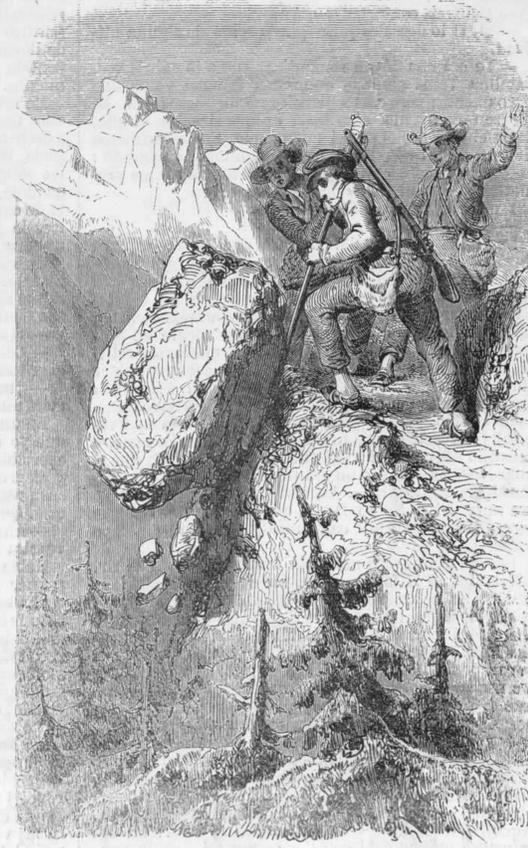
Pero mientras me detengo á considerar las vueltas y revueltas del valle, me voy olvidando de decir algo sobre la curiosidad mas importante, cual es el Monte-Buet. Felizmente esta notabilidad puede pasarse sin mis elogios. Es bien conocida y hace ya mucho tiempo que llama la atencion. Mirada desde Génova su blanca cima choca á la vista tanto como el Monte-Blanco; pero no hay en dicha ciudad tal vez diez habitantes que conozcan su nombre; tan indiferente es el hombre á las grandes cosas que tiene siempre delante de los ojos. Seria de desear que se restableciese sobre el nuevo pretil recientemente construido cerca del hotel de Bergues el



Vista del valle y pueblo de Sixto en la direccion de la Herradura. — v Vandré. — vv Punta de Sambet. — v Punta de Tenneverges. — Cuello de Tenneverges. — & Montaña de Comuacs.



Entrada y vista del valle de Sixto en la direccion del valle de los Fonds. — v Cuello de Anterna. — v Punta de Sales — Punta de las Playas.



Piedra precipitada desde lo alto de una roca.

cuadrante indicador de las montañas colocado ántes en la esplanada de este punto que servía de paseo. Apesar de la colosal altura del Monte-Buet, se le pierde de vista al acercarse á él, de tal modo, que los primeros exploradores M. Deluc y M. Bourrit llegaron allí á pié á fuerza de constancia. Lo que generalmente sucede con las altas montañas circundadas de otras montañas secundarias es que estas quitan la vista á las otras. Los habitantes de Sixto apenas conocen aun el mejor camino que debe seguirse para subir á la cima del Monte-Buet: M. Deluc que hizo el primer ensayo en 1763 por el Granero de los Comunes tuvo un contratiempo que le impidió llegar, y no realizó su propósito hasta la segunda tentativa. M. Bourrit por su parte trató de llegar por el lado de Valorsina, y mas tarde hizo una descripción exagerada sobre los peligros de su expedición, lo que puede hasta cierto punto disimularse, porque la cima del Monte-Buet, á donde llegó por fin, es tal vez el punto de los Alpes donde puede contemplarse un panorama mas maravilloso. En efecto este es el punto mas favorable para mirar cara á cara ese gigante de nuestra vieja Europa conocido con el nombre del Monte-Blanco.

Casi todos los picos de la Suiza visitados por los viajeros tienen hoy sus panoramas litografiados é iluminados que multiplican su fama por el mundo. Los saboyanos, ménos industrioses que los suizos, no han pensado aun en dar una satisfacción al Monte-Buet. Hagámosle nosotros el favor que le niegan sus ingratos vecinos.

A. J. P.

### La paz del matrimonio.

CUADRO DE COSTUMBRES.

— Parecis feliz, Anita, siempre feliz. Jamás he visto matrimonio en que marido y mujer pareciesen mas felices.

— ¡Oh, oh! Catalina, dijo riéndose la señora Huntington, en esas pocas palabras no os habeis servido mas que dos veces del verbo *parecer*. Y teneis un aire preguntón, como si quisierais saber un poco mas acerca de la vida matrimonial ántes de dar el último paso. Afortunadamente no está aquí Enrique para ver la tristeza que descubro en los ojos de su novia. Podría creer que su corazón está lleno de temor en vez de palpar gozo con la aproximación de la boda.

— No os burleis de mí, Anita, sino habládme como teneis costumbre de hacerlo. Yo amo á Enrique, ya lo sabeis, y sin embargo, estoy muy inquieta. Veo tan pocos matrimonios enteramente felices, felices como yo quisiera serlo. Vos sois la que os aproximais al objeto de mis deseos. ¿No teneis alguna vez pequeñas?...

— ¿Querellas? No, ahora no. Hemos tenido una, y creo que es menester necesariamente que llegue tarde ó temprano.

— ¿Queréis contarme eso, Anita?

— Sí, si lo deseais, quizá pueda seros de alguna utilidad.

— Yo era una jóven romántica, como lo sabeis vos, Catalina. Tenía algunas amigas, á quienes yo amaba tiernamente; pero esas amistades no me satisfacían. Mi corazón reclamaba algo mas, apenas si sabía el qué, hasta el día en que amé á mi marido. En los primeros tiempos de mi matrimonio me preguntaba á menudo:

— ¿Encuentro en esta vida todo lo que yo me prometía? ¿Soy tan feliz como pensaba ser?

Y mi corazón respondía siempre:

— Sí, y mas todavía

La novela matrimonial, si puedo explicarme así, nos duró largo tiempo. Yo sentía una satisfacción inexplicable cuando estábamos juntos. Me gustaba pasear sola con él. Las mejores horas eran aquellas en que charlabamos ó leíamos los dos solos. Si sentía alguna desazon, hacia los mayores esfuerzos para estar alegre en presencia de mi marido. Temía mucho el quedarme estúpidoamente muda á su lado, ó el no tener que hablar sino de los niños ó la cuenta de la cocina. Procuraba recordar todas las cosas amables que había leído, pensado ó oído, para repetirselas, y cuando esta materia quedaba agotada, cada uno de los dos teníamos nuestro caballito encima del cual subíamos, de suerte que si guardábamos silencio no era nunca porque no tuviéramos nada que decirnos. Así vivimos unos dos años. Yo era muy feliz. Me se figura que los que nos veían se sorprendían de vernos con tanto gusto y tanto tiempo juntos.

Hasta entónces yo no había tenido nada que sufrir. Comíamos en la fonda, yo no me ocupaba de nada; la ternura de mi marido era una panacea para los males pequeños á que nos vemos sujetos aun en medio de la felicidad. Pero esto no podía durar siempre. Sus negocios lo ocuparon cada vez mas, y yo tuve que cuidar de la casa y de un niño. Entónces se puso á prueba nuestra paciencia por la vez primera. Hasta allí nos habíamos dedicado el uno al otro; en lo sucesivo, los sinsabores de la vida absorbieron nuestra energía. Yo me apercibí la primera de este cambio. Me parecía que se cernía sobre nosotros una nube sombría. Algunas veces se apoderaba de mí la tristeza pensando que mi marido no me amaba ya tanto. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás me se figura que aquella fué mi primera falta. Aquellas horas de tristeza disminuían mi valor. Era una injusticia que no debí cometer contra mi marido. Quedóme en la imaginación una herida dolorosa, que me

afectó como si hubiese sido víctima de una grave injuria.

Tiempo hacia que mi corazón sufría esta llaga. Yo me guardaba estos disgustos, porque á la vez sentía orgullo y vergüenza de confesarlos. Esta fué mi segunda falta. No puede haber felicidad conyugal si no reina entre los esposos una absoluta confianza.

Vino una estación fría y húmeda. Yo me levanté una mañana muy irritable. Estaba constipada, con dolor de cabeza, y mi hijo me había incomodado toda la noche. Mi cocinera era una campesina ignorante, y aquella mañana hizo el almuerzo peor que nunca. El *beef-teak* estaba carbonizado, los huevos duros como balas, el pan sin cocer, y el café execrable. Mi marido soportó con paciencia heroica todo hasta la llegada del café, que acabó con su paciencia. Volcó la taza, y dijo con tono semi-enfadado:

— Quisiera que lográremos una vez un buen café. Anita, ¿porqué no lo hay aquí nunca como en casa de mi madre?

Aquella fué la gota que hizo desbordar mi vaso ya lleno. Mi mal humor estalló.

— Jamás encontráis nada bueno en casa, exclamé, y me estremecí yo misma con el sonido de mi voz. Mejor hariais en permanecer en casa de vuestra madre, si no estais contento aquí, ó dadme criados que sepan hacer algo. Yo no puedo hacerlo todo.... cuidar de noche al niño, y hacer el almuerzo por la mañana.

— Yo no sabia ser tan sin razon, respondió él con aire ofendido.

Después de haber estado algunos minutos en la mesa sin pronunciar nada, se levantó, cogió el sombrero y salió.

Cuando sentí la puerta, perdí todo mi valor. Encerme en mi cuarto, me senté en una silla, y me eché á llorar como un niño. Era la primera vez que yo respondía de aquel modo á mi marido. Me parecía que una desgracia nos amenazaba. La cabeza se me calentó de tal suerte, que di una vuelta por la habitación retorciéndome los brazos.

¡Oh! todo se acabó, pensé, ya no habrá felicidad para nosotros en este mundo. Y este pensamiento me hizo sumamente desgraciada. Un negro sudario me cubría de piés á cabeza; el porvenir no me ofrecía mas que tinieblas y desolación. En mi miseria, procuraba consolarme descargando la censura en mi marido. ¿Qué necesidad tenía de hablarme así? exclamé; bien podía haber visto que estaba mala é incapaz de sufrir nada. Fué una maldad de parte suya. Es claro que no se ocupa de mí como en otro tiempo. Y después repetirme sin cesar que su madre tenía tan buena mesa, cuando sabe qué hago todo lo que puedo por tenerlo contento. ¡Oh, fué una maldad!

No tomeis un aire tan terriblemente serio, Catalina. En aquel instante se puso á llorar mi hijo, y me ví obligada acudir á él ántes de acabar mi dolorosa letanía; pero bastante había avanzado por el mal camino. Comencé á calmarme con la idea de que toda la culpa era de mi marido. Yo estaba muy incomodada por haberle respondido tan bruscamente, pero creía que él debía sentirlo como yo. Antes que mi hijo hubiese concluido de llorar, formé el propósito de no manifestarme arrepentida ántes que mi marido mostrara su arrepentimiento.

Me lavé la cara para borrar las huellas de las lágrimas, me vestí con una atención extraordinaria, y bajé á decir á la vieja Brigida que cuidara mucho de la comida. Hice aquello con la actitud de una víctima. Quería obligar á mi marido á arrepentirse de su injusticia, dándole, por toda queja, una comida tan buena como la de casa de su madre. Y para avivar sus remordimientos, le preparé yo misma una excelente taza de café, nuestra bebida favorita.

La una sonó; se abrió la puerta; oí los pasos de mi marido. ¡Silaaba! Se sentó á la mesa con la mayor calma sin dar señales de la borrasca pasada. Dirigió en torno suyo una mirada de satisfacción.

— ¡Qué comida tan sazonada, Anita! exclamó.

— Celebro mucho que os parezca así, respondí yo con cara compungida.

— ¡Buen asado! ¡el mejor que hemos comido en todo el año!

En una palabra, tan satisfecho estaba con la comida que yo le servía, como una tierna queja, que no se apercibió de mi mal humor. A la vez estaba yo triste y alegre, pero no abría la boca sino para responder á sus preguntas. Después de los postres, yo le serví el café. Quedóse sorprendido.

— Anita, dijo, creo que habeis tratado de probarme vuestra habilidad.

Había adivinado, pero sin sospechar mi designio. Mi primer impulso fué el de responderle francamente: « ¿Es tan bueno como el de casa de vuestra madre? » Esto le hubiera dado la llave del secreto, hubiera comprendido todo, y al punto hubiéramos hecho las paces. Pero estaba avergonzada. Sorbí mi café en silencio. El momento dorado pasó, y mi buen ángel huyó. El orgullo quedó dueño del campo. Comencé á resentirme viéndolo gozar así de mi comida, y olvidando el disgusto que me había ocasionado. Como tenía mucho que hacer aquel día, no se quedó tanto tiempo como de costumbre á hablar conmigo, sino que se fué silbando mas alegremente aun que ántes de comer.

Volví á donde estaba mi hijo, pensando en la conducta que debía observar. El niño dormía; la lluvia azotaba las ventanas; el viento mugía, y el mundo me parecía triste como una tumba. Me había fatigado preparando la comida; y ahora que la excitación había pa-

sado, y que sentía la reacción, me preguntaba qué ventaja me había producido. Ni la mas pequeña. Mi marido no había observado que era objeto de reconciliación. Echéle en cara su insensibilidad. En otro tiempo, pensé yo, hubiera observado la mas ligera alteración en mi voz, la menor nube en mi alegría; hoy puedo estar realmente enfadada contra él sin que lo sospeche.

La tarde me pareció eterna. Estaba agitada é inquieta, ensayaba una y otra ocupación sin que nada me agradase; y bajé por el té, mas distante quizá del buen camino que lo había estado al mediodía. Sentéme á la mesa, triste y silenciosa. Mi marido intentó dos ó tres veces empeñar la conversación, pero sin éxito.

— Anita, dijo enfin con bondad, ¿no estais hoy buena?

— No, del todo, respondí suspirando.

— ¿Qué teneis?

— Dolor de cabeza. El niño no me ha dejado dormir en casi toda la noche.

Esta era la mitad de la verdad, y me juzgué culpable parándome en este punto. El me estimuló á que me reclinara en un canapé, y me propuso el leerme un poco.

Sentí su amabilidad; era la de los tiempos anteriores. Aunque el nuevo no tuviese mas que un día, me se figuraba ya una eternidad. Pero no era lo que necesitaba. Quería una explicación clara, y no que esquivase la dificultad, y resolví estar con aire mohino hasta que llegase esta explicación, hasta que conociera que después de tal desazon no podía volver á ser feliz sino con un arrepentimiento y un perdon recíprocos. Por eso no quise oír la lectura, y dije que necesitaba acostarme. Dejéle en su sillón, con su quinqué, su libro y un buen fuego, todo como cuando era soltero; subí á mi cuarto, me metí en cama, y me dormí llorando. Os reis, Catalina, pensais que estaba loca. Teneis razon; ahora yo tambien lo creo.

— ¿Y en qué paró todo esto, Anita?

— Una semana me mantuve así, cada día mas triste y disgustada. Cuando me quedaba sola, cogía el niño y lloraba como si hubiera muerto mi marido, como si no tuviera nada en el mundo mas que aquel niño. ¡Dios mio! ¡Cuán desgraciada era yo! y mi desdicha crecía todos los días. Cuantas veces veía á mi marido, descubría en su conducta algun nuevo motivo de disgusto; tan pronto tenía mucha prisa como muy poca; hablaba demasiado ó casi nada.

El soportó con paciencia mi mal humor, persuadido de que yo estaba mala. Un día vino á decirme que tenía ocho días de licencia, que había alquilado un carruaje, y que debía preparar el equipaje mio y el de mi hijo, porque íbamos á partir dentro de una hora. Debíamos ir á pasar la semana en casa de mi madre.

— Tanto vale pagar los gastos de viaje, como las visitas de médico, querida Anita, dijo él. No quiero que os amortigüeis como lo haceis de algunos días á esta parte. Vamos á despedir á Brigida, á cerrar la casa, á huir de todo enojo y distraernos un poco.

Todo iba dicho con tanta bondad, que tuve deseo de arrojarme al cuello de mi marido, y de llorar abundantemente pensando en mi atroz conducta; pero aun no había llegado el momento de explicarnos. Dime pues prisa á preparar mis cosas. Antes de estar á la mitad de mi tarea, resolví decirle todo desde el principio hasta el fin. En el momento en que tomé esta determinación, me sentí aliviada de un peso enorme; mi corazón parecía ligero como una pluma, mi voz, mi fisonomía, todo había cambiado. Yo lo sabía, y mi marido lo notó apenas lo ví á la hora convenida.

— Y bien, Anita, creo que los preparativos de viaje os han curado. Ahora, lo mismo será que nos quedemos en casa.

— He aquí mi historia, Catalina. El resto os parecería muy poco interesante.

— No, no, Anita; me privariais de lo mejor. Contadme como hicisteis las paces.

— Subimos al carruaje, y viajamos alegremente hasta el anochecer. El niño se durmió. La naturaleza estaba tranquila y serena; yo envidiaba aquella tranquilidad. Lágrimas de verdadero arrepentimiento brotaron de mis ojos, y cayeron sobre mi hijo ántes de que yo lo observase. Mi marido volvió la cabeza y las ví.

— ¿Cómo, Anita! dijo con mucha sorpresa, ¿qué teneis?

— ¡Oh! estoy disgustada, respondí.

— ¿Porqué, querida mía? ¿No sois feliz? ¿Qué os atormenta?

— ¡Siento tanto el haber sido tan mala esta semana!

— ¿Qué queréis decir? preguntó con un aire cada vez mas cortado.

— ¡Cómo! ¿No lo sabeis?

Y empecé á contarle toda mi historia; cómo me había vestido muy irritable, y me había dejado llevar de mi mal humor para responderle bruscamente, cuando me dijo que lo que se comía en nuestra casa no era tan bueno como lo de casa de su madre; cómo aquello me había trastornado; cómo él lo había olvidado sin procurar una reconciliación, diciendo que se arrepentía; cómo había estado ocho días pensando en ello; cómo se había todo aquello envenenado en mi corazón, emponzoñando todos mis goces; qué torrentes de lágrimas había vertido en la soledad, pensando que todo se había concluido entre nosotros, y que jamás nos amaríamos ya como nos habíamos amado ántes.

— Escuchóme sin decir palabra, y en seguida se echó á reír.

— ¿Quisiera saber, Anita, dijo él, si habeis estado mala por eso toda la semana?

— Ciertamente.

En esto paró el caballo para dar la vuelta.

— ¿Qué vais á hacer? le pregunté.

— Volver á casa, si es ese todo vuestro mal.

Solté la carcajada con tanto gusto como él, porque mi pecado estaba ya confesado, y me sentía feliz. Pero tiré de la otra rienda, y acaricié con la fusta las orejas del caballo, que partió al galope en la dirección de la morada de mi madre.

Pero entonces tomamos esta resolución, que si otra vez llegabamos uno de los dos á tener alguna queja del otro, nos pediríamos una explicación antes de que se pusiera el sol, á fin de poder retirarnos á dormir, si no en paz con todo el mundo, por lo ménos en paz el uno con el otro. Desde aquella época siempre hemos guardado fielmente nuestro compromiso; jamás he pasado una semana mas desgraciada que aquella de que os acabo de hablar, y creo firmemente que no la pasará otra vez.

Espero, Catalina, que seréis tan feliz con Enrique, como yo lo soy con mi marido. El mejor voto que puedo formar por vos es que la primera desazon que tengáis con vuestro esposo sea también la última.

### Los bandidos de los Kárpatas.

El papel que los eslavos parece que están llamados á representar en la historia de Europa, da interés á todo lo que nos hace conocer las costumbres y los usos de las numerosas ramificaciones de esta raza.

Pueblos de origen eslavo habitan gran parte de los Kárpatas. Uno de los mas notables es el que lleva el nombre de tatro. Los tatos no tienen hoy mas ocupación que cultivar la tierra, y guardar rebaños; pero hubo un tiempo y no muy distante del nuestro, en que aquellas apacibles montañas causaban terror á las comarcas circunvecinas, y pasaban por ser los mas terribles bandidos de los Kárpatas. Esto consiste en que á los ojos de los tatos el oficio de ladrón de despoblado, es una de las facetas del oficio militar; el bandido expone su vida, se bate con valor, mata ó es muerto. ¿Qué diferencia hay entre él y un héroe de Homero? El botín que recoge lo gana con su sangre y sus fatigas; débil recompensa es lo que roba comparado con el trabajo que le cuesta. Haber sido bandido no deshonra entre los montañeses de los Kárpatas; por el contrario, se hace gala de ello; y ser hijo de un bandido es un título de recomendación, y casi de nobleza.

Cuando no tienen ocasion de distinguirse en los Kárpatas, se van á los cosacos zaporogos, donde pueden ejercer su valor en mayor escala, y con ménos peligro; y cuando han recogido de esta manera un pequeño peculio, vuelven á su país y cultivan pacíficamente su campo.

Un viajero polaco refiere que ha conocido á algunos de estos salteadores de caminos que eran buenos granjeros, excelentes padres de familia, y que gozaban de la estimación de todos sus conciudadanos.

Un hombre de cerca de cuarenta años, gordo, pequeño, panzudo, con las piernas torcidas, la cabeza enorme, feo, pero robusto, estaba decidido á hacerse salteador, y no lo disimulaba. Los laureles de algunos de sus camaradas le quitaban el sueño. No hablaba de otra cosa, y todo el mundo aprobaba su proyecto. Una mañana compró el equipo necesario, y apareció en público con el machete colgado á la muñeca, la carabina á la espalda, un puñal y las pistolas á la cintura, y un moral pendiente del hombro lleno de provisiones. Fuése á situar, armado de esta suerte, á una montaña próxima á su aldea, en el fondo de un bosque donde escogió para vivienda una especie de gruta formada por dos peñascos cubiertos de follaje.

Emboscado en aquel agujero como en un fuerte, monta su carabina, mira á uno y otro lado, aplica el oído al menor ruido; nadie atraviesa. Impaciente, sale de la caverna, blande su espada, se planta de centinela en mitad del camino: ningún viajero se presenta. Tres días trascurren así; se despecha, se enfurece, y no puede mas; sus provisiones se han acabado; hace frío y llueve; nuestro aprendiz de bandido no resiste mas; renuncia á la gruta, vuelve á su aldea, (ménos asendereado que el héroe de Cervantes,) con los ojos encendidos, las facciones alteradas, los cabellos en desorden. Ha probado la vida de la montaña: ha sido bandido de intención: esto basta. Por otra parte, en caso de necesidad, se inventa el hecho; nada es mas fácil. Pasa por un valiente; su amor propio está satisfecho.

El salteador mas célebre de aquellos cantones se llamaba Yanochyk; vivía á fines del siglo pasado.

Millares de historias se le atribuyen: los montañeses lo han hecho el tipo ideal de los bandidos. Ellos han concentrado en su persona todas las cualidades morales y físicas del héroe antiguo: estatura colosal, figura noble y expresiva, inteligencia poco comun, fuerza hercúlea; destreza, bondad, magnanimidad, intrepidez. Poseía además la facultad de evocar los espíritus, de obligarlos á secundar sus designios, de forzarlos á revelar todos los secretos de este mundo y los del otro. Hemos olvidado decir que Yanochyk unía á las virtudes indicadas una piedad ejemplar, que le sirvió mucho en frecuentes ocasiones.

Un día encontró á un pobre estudiante de la Podolia, con el cual trabó conversacion: el estudiante se prendó

de los modales y del lenguaje de Yanochyk, y solicitó alistarse en su partida, cosa que el ladrón no rehusó. Algun tiempo despues el estudiante se dejó seducir por los heiducos, y se comprometió á entregar vivo ó muerto á Yanochyk. Él fué á buscar una mañana á este, en el momento en que hacia su oracion habitual de rodillas ante una santa imágen. El traidor le apunta, y le falta el tiro. Yanochyk continúa rezando como si tal cosa; el asesino dispara otra vez, y el tiro no sale. Yanochyk sigue rezando; el traidor vuelve otra vez á la maniobra, pero sin éxito; visto lo cual, huye. Yanochyk no se levantó hasta despues de haber concluido sus devociones: corrió tras del asesino, lo alcanzó, y lo mató. Su piedad lo habia salvado.

El hacha de armas de Yanochyk participa de la gloria de su dueño en los encantos populares. No era necesario que él la llevara consigo; bastaba que la llamara á su socorro para que ella acudiera de los puntos mas distantes. Ella representa un papel importante en los últimos momentos de Yanochyk, cuando entregado á la policia por la mujer á quien amaba, vió cortado el hilo de sus hazañas prematuramente. Su pérfida querida, conociendo la propiedad del hacha de Yanochyk, tuvo la precaucion de cerrarla en nueve cajas con nueve cerraduras diferentes. Cuando Yanochyk se vió rodeado de gente armada, silbó para que acudiera su hacha de armas; esta logró quebrantar ocho cajas pero no pudo romper la novena, porque el número nueve tiene un poder particular.

No se sabe con seguridad qué fin tuvo Yanochyk; segun unos, fué ahorcado; segun otros murió de muerte natural. En el valle de Kosciel se enseña una gruta en la que se pretende que fué hallado, hace algunos años, un esqueleto humano de prodigioso tamaño; los campesinos no dudan que era el de Yanochyk.

Un granjero del pueblo de Druzbak, llamado Bogdan, se habia atraído la animadversion de una jefe montañés que era del mismo pueblo. Bogdan prevé que el bandido atañará á su vida. Para conjurar este peligro imagina el medio siguiente: se concierta con dos paisanos suyos y hace como que los apalea á fin de ofrecerles un pretexto para que huyan á las montañas. Con efecto, al dia siguiente del apaleo, los dos paisanos, siervos suyos, son admitidos en la banda del salteador, y conquistan la confianza del jefe, y la de sus camaradas. Trascurren seis meses. El bandido, cuya cabeza habia sido pregonada, resuelve atacar la granja de Bogdan, y matar á su enemigo. A este fin se aproxima á Druzbak; circunstancias particulares le obligan á dividir en dos bandas su cuadrilla, envia por delante á la mayor parte, y guarda consigo á dos camaradas de prueba: eran justamente los dos siervos de Bogdan. Esperando el regreso de los otros, el jefe se pone á consultar la suerte con habas, segun el uso de los montañeses de los Kárpatas. Al primer golpe frunce el ceño; al segundo exclama: ¡Malo! al tercero se levanta agitado, y dice á sus dos falsos hermanos:

— Amigos míos, uno de nosotros tres debe perecer esta noche; ó vamos á ser sorprendidos por los heiducos, ó uno de vosotros me venderá. Los dos tráfugas tuvieron miedo, pero lograron ocultar su emocion. El bandido les explicó la posicion de las habas, y repitió que uno de los tres perderia indefectiblemente la vida aquella noche. Mientras comprueba su cálculo, los dos paisanos se apartan un poco, le apuntan, y cae bañado en sangre.

Los bandidos de los Kárpatas tienen una literatura, es decir, canciones en bastante número, donde se reflejan sus costumbres. Vamos á reproducir algunas.

#### LA VOCACION.

« Dicen los de mi pueblo que me haré bandido. No sé lo que será, lo cierto es que no quiero ser tabernero ni labrador; mas quiero correr los montes y los bosques. Cierta que si me cogen, me ahorcarán, me pondrán en un poste, y mi cuerpo flotará al viento. No temas nada, hermosa mia; no te aflija el que me vaya, que te juro por Dios ser tuyo siempre.

¡ Oh arce! ¡ arce de lucientes hojas; Dios le dé buena fortuna al bandido! »

#### EL MARIDO BANDIDO.

« Juana, mi querida Juana, véte á casa; yo te caso no sé con quién; te caso con Yamko, intrépido montañés.

» Yanko, Yanko, tú tienes por oficio el ser bandido. Tú conoces los desfiladeros de las montañas. Tú partes por la mañana, tú no vuelves hasta la noche, y me dejas sola, ¡ desgraciada de mí!

» A tí no te gusta oír misa; jamás vas á ella. Tu sangre está siempre manchado de sangre. Yanko, Yanko, ¿ dónde has estado? ¿ dónde has enrojado la hoja de tu acero?

» Yo he rebajado la piedra de la ventana á puro de tener en ella puestos los codos; de día y de noche suspiro y lloro, sin poder dormir.

» Su marido trae un dia un lio de lienzo, pero él le prohíbe que lo desarrolle; ella lo deshace y encuentra una mano.

» Una manecita derecha que tiene una sortija de oro en el dedo meñique; en este anillo hay tres aberturas pequeñas: ¡ En verdad, dice ella, esta es la mano derecha de mi hermano!

» Ella va corriendo á casa de su madre, y toda turbada le pregunta: madre mia, madre mia, ¿ falta de casa alguno de mis hermanos?

» ¡ Hija mia! los siete están aquí, excepto el mas jóven.

» Así pasó un año, un año y medio pasó, y Dios le envió un hijo.

» Hijo mio, ro, ro, hijo mio no seas como tu padre. Antes te hiciera pedazos; y arrojaria tus miembros á los buitres.

» Yanko ha oido la cancion de su mujer; sofocado de cólera grita: Canta, Juana, cántame esa cancion.

» Ro, ro, hijo mio, ro, ro. Si llegaras á ser como tu padre, de gozo lloraria, y te pondria pañales de seda.

» Vamos, Juana, ponte el vestido de gala, y vamos á dar una vuelta. — Dos años hace que soy tu mujer, y desde entonces no he salido á paseo.

» El la coge de la mano y la lleva á las montañas; allí le saca sus ojos hermosos, negros como el azabache; le corta sus blancas manos, y le dice: vé, Juanita, vé á buscar á tu hijo, que te llama y llora.

» Al concluir estas palabras penetró en la espesura, y no se ha vuelto á saber nada de él.

Esta balada se apoya en un hecho positivo que reflejan los pastores. Un montañés tenia siete hijos y una preciosa hija. Muchos jóvenes obsequiaban á la bella niña. Entre ellos habia un bandido. El montañés que no miraba por desgracia suya con aversion á los salteadores de caminos, lo prefirió á los demás pretendientes, y le concedió la mano de su hija. Esta no sospechaba la horrible verdad. Veia ausentarse á su marido durante semanas enteras; ella sabia que las pasaba en ásperas montañas, pero no sabia con que objeto hacia estas excursiones. Un dia se aventuró á preguntárselo; le dijo que porque no le permitia registrar su armario, y porque no le daba nunca la ropa sucia (Estos fueron los dos signos que le hicieron conocer que era bandido). No logró respuesta alguna. Una noche vuelve á casa bañado en sudor, fatigado y con la espada ensangrentada como de costumbre. Su mujer se arroja á sus piés, y le suplica que le diga la verdad; pero sus instancias son inútiles. Abrumada con el peso de horribles sospechas, deja trascurrir algunos dias, aprovecha una ocasion y abre el armario de su marido; allí encuentra entre otros objetos una mano cortada que tiene en el dedo meñique un anillo, causa del crimen; la pobre mujer lo coge, y ve que era el anillo de su hermano. Viendo esto no puede ya dudar; su marido es un salteador de caminos.

Poco tiempo despues da á luz un niño, como lo dice la cancion. Un dia, arrullándolo, le dice que no siguiera las huellas de su padre. La casualidad hizo que el bandido llegase á la sazón y oyese el inocente consejo. Él se considera descubierto, disimula, y acercándose á su mujer, le ruega que repita el cantar. La desdichada cambia las palabras, y dice todo lo contrario. El bandido le dice que se vista para ir con ella á una fiesta; la lleva á un bosque solitario, y allí le corta la mano, porque ha abierto su armario, y le arranca los ojos porque ha registrado su ropa. En seguida se apartó de ella, y no ha vuelto á saberse de él.

¿ Habrá todavía quien tenga simpatías por los bandidos, entre aquellos montañeses, despues de oír tal historia, una de las mas comunes que pueden ocurrir entre los malhechores, que mojan diariamente sus manos en la sangre de sus víctimas?

### Los habitantes de la India.

Debemos al principe A. Soltykoff que acaba de hacer un viaje interesantísimo por la India, los curiosos dibujos que damos con este artículo á nuestros suscritores. Hasta el dia todo lo que se ha escrito sobre ese país, aunque siempre poético, ha sido inexacto; hoy, en fin, se ha pintado la naturaleza tal como es; M. Soltykoff ha hecho verdaderos retratos, á veces sin saberlo los modelos, y sin añadir despues ninguna correccion que pueda desvirtuar la idea primitiva.

El número de los dibujos que aquí reproducimos representa los jardines de Amber, antigua ciudad de Radjpoutana, situada á unas dos leguas de Djaipour. Al fin de su segundo viaje por la India, el autor nos dice que, excepto sus vastos estanques y sus jardines misteriosos y sombríos, le ha parecido estar en Granada y en la Alhambra.

El personaje que se ve en medio á la izquierda, acurrucado en su capa, es un fakir, uno de esos irregulares anacoretas de la India que fueron copiados por los nuestros. Solwyns, en su obra titulada *a Collection of 250 coloured etchings*, da una nomenclatura de las diferentes especies de fakires, de la que sacamos los párrafos siguientes:

« *El Porum Hounge* (en inglés Purum-Hungse) no come ni bebe en presencia de nadie, y de ahí proviene la idea de que vive miles de años sin comer. Santifica con su persona la casa en donde entra.

» *Dondy* (*Dundee*). Este nombre deriva de la palabra india *dand* (*dund*), que significa visita, porque estos fakires llevan siempre una varita. Comunican directamente con la divinidad; su jefe es por lo regular un hombre docto. Andan por cuadrillas de veinte ó treinta, y roban las frutas de los jardines. Son muy respetados.

» Los *Souniacys* (*Soonassees*) son verdaderos bandidos que armados, y en numerosas cuadrillas saquean y ro-

ban por todas partes. Se tiñen la mitad del rostro y algunas partes del cuerpo. Nunca se cortan ni se peinan la barba y el pelo que se llenan de lodo y de tierra de color. No deben dormir sino debajo de las palmeras; son muy altos y robustos; los radjas suelen tomarlos á su servicio por cuadrillas, pagándoles un sueldo.

» Los *Nanek-Pounthys* (*Nanuk-Punthys*) son pacíficos. Llevan medio bigote y un zapato, un turbante de alambres entrelazados y un collar idéntico. A la izquierda del turbante sobre la oreja, cuelgan dos cascabeles de plata. En cada mano llevan un palo que hacen chocar el uno contra el otro mientras recitan sus *durnach* ó fragmento de una leyenda india; son bastante estimados sobre todo entre los sikes y los maharattes.

» *Oudoubahous* (*Ooddoobahous*.) Uno tiene un brazo en el aire, y otro las dos manos cruzadas sobre la cabeza; las uñas sumamente largas en-



Jardines de Amber, cerca de Dhapur.

tran en la carne de sus brazos; sus piernas están cruzadas siempre; un tercero se transporta de un templo á otro arastrándose de espaldas.

» *Abd'houts* (*Ab'dhoots*.) A estos se dirigen las mujeres estériles; ellos no abusan de su confianza, y por lo regular son casados y tienen muchos hijos.

» *Ramanandys* (*Ramanundys*) sectarios de Ram, potencia creadora. La cabellera es tan enorme que se tiene por postiza en gran parte. Llevan una mecha de pelo que baja hasta la tierra.

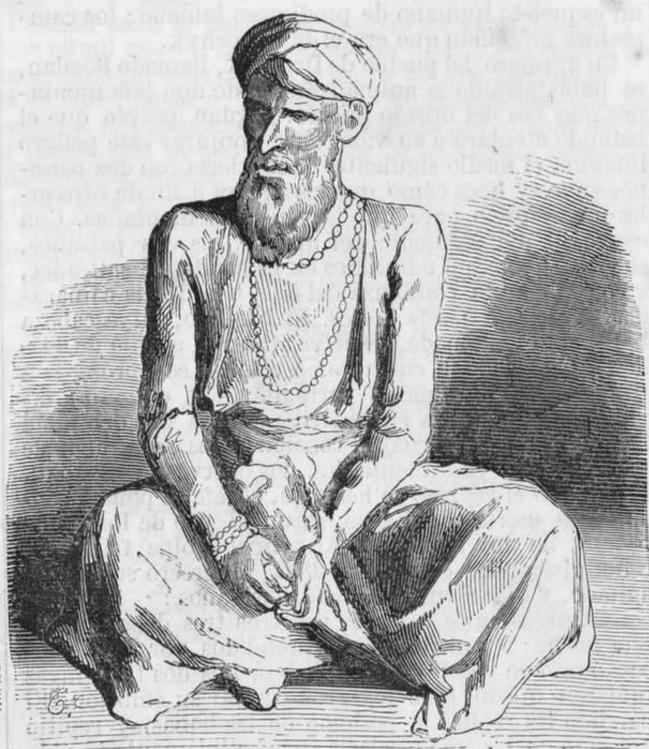
» *Bermatcharys* (*Bermacharys*.) Son castos y siempre están orando con un rosario en la mano. No piden limosna, pero toman el alimento que puede bastarles para el día.

» *Nagons* (*Nangus*.) ladrones piadosos.

El príncipe A. Soltykoff no ha sabido á que categoría pertenecía la especie de fiera cuyo retrato damos. Paseándose en los alrededores de Cal-



Fakir de Calcuta.



Taonakkal-Chah, jefe de Thugs.



Massaltchi, el que lleva las antorchas.

cuta encontró muchos de estos fakires tan pintorescos, que acudían gustosos á su casa al otro día para servirle de modelos. Nuestros lectores deben representarse al que estampamos aquí con el rostro iluminado, al pastel, de color de canario, la frente dividida por una línea roja vertical, la barba y los cabellos sucios, con una buena parte de su cabellera hecha con el rabo de una vaca. Este fakir, como casi todos, se habia hecho una capa con la manta que le servía de lecho, la cual era de lana gruesa y de color oscuro.

El personaje que está en medio de la misma página es un devoto mas extraño aun que el primero. Llamábase Taouakkal-Chah (*Towakkul-Shah*); era musulman y aun descendía de Mahoma, como su turbante verde lo indicaba. Era un *thug*, una de esas almas piadosas que matan sin reparo por el puñal, el lazo ó el veneno, con el único fin de rendir holocausto á una diosa india.

Hallábase convicto de haber ahogado ó mandado ahogar en su presencia á mas de cuatrocientas personas, cosa que declaraba sonriendo delante de todo el mundo. Los ingleses se contentaban con tenerle encerrado, á fin de impedirle el ejercicio de su culto, y á pesar de este atentado



Mujer de Malabar. — Mujeres de Bombay

contra su libertad de conciencia, no pareció descontento de su suerte. Su mujer y sus hijos vivían con él, debió su perdón no tanto á la clemencia como á la esperanza de obtener de su boca mas noticias sobre esa secta extraordinaria cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y que cubre toda la India con una red de la que solo han cogido un hilo los ingleses.

Los *Massaltchis* (*Massaultchees*) son los que llevan las antorchas: *massal* en indio, quiere decir antorcha. Estas antorchas de trapos viejos arrollados de pié y medio de largas y fijadas en un puño de cobre. Los *massaltchis* las llevan con la mano izquierda, y en la derecha tienen una vasija de cobre para regarlas de aceite. Los que además de este cargo tienen el de lavar la vajilla, son musulmanes de la última esfera.

El que se ve representado en nuestro grabado se llamaba Ingan-Khan; era del Indostan, y su familia vivía en Miruta (*Meerut*.) M. Soltykoff cuenta que este hombre le sirvió como un criado fiel dentro de su casa.

La jóven que se halla apoyada en una pared baja es de Malabar, y fué dibujada en Ceylan. Los *cinghalijs*, habitantes aborígenas de esa isla, son muy perezosos, de modo

estas mujeres es de ese bronceado verdoso comun á todos los indios. En los cabellos llevan flor blanca de rico aroma, que es por lo regular jazmin silvestre, llamado *mougrí* del sanscrito *moudgara*, *jasminum zambac*, que se emplea tambien en todas las ceremonias religiosas.

El jóven que lleva un manto puesto de un modo tan particular, es simplemente un aguador, *bhisti*. Los aguadores no forman una misma casta. Este era musulman como todos los aguadores de los europeos. Su tarea consiste el ir á buscar el agua necesaria tanto en los viajes como en el interior de las habitaciones, tarea que no deja de ser importante en los climas cálidos.

El aguador que se ve en nuestro dibujo no era montañés; pertenecía á esa raza formada de los indígenas y de sus conquistadores septentrionales. Su tez era bronceada de las mas oscuras. La tela de algodón que le cubria hasta la cabeza era roja, y el pantalon blanco.

Los thodas habitan en los *Nil-Guerries*, cadena de montañas al Sur de la India que une las Gales orientales y occidentales. Las Nil-Guerries, á pesar de su nombre (montañas Azules) no tienen este color sino vistas de lejos; de cerca son muy verdes, pues se hallan cubiertas de verdura todo el año. Los ingleses de la presidencia de Madras se refugian en ellas durante los grandes calores; ellos han construido la ciudad de Outakamand á 6,416 piés sobre el nivel del mar.

La tez de los thodas no es mas oscura que la de los gitanos en tanto que el color de los que nacen en las llanuras, bajo esa misma latitud, empieza en el bronceado subido y acaba en el carbon. Por lo demás, estos últimos se distinguen del negro verdadero por sus facciones mas ó ménos largas y finas, y por su pelo lacio.

Los thodas son pastores de búfalos. Nadie conoce su origen, aunque algunos suponen que descienden de una colonia romana. Lo cierto es que al ver sus rostros serios y pensativos, su actitud sosegada bajo sus largos mantos cenicientos y su andar lento é imponente, al ver el aire de indiferencia y aun de desden con que consideran todas las cosas, se diria que son filósofos antiguos; su aspecto esmaído y empolvado, y sus cabellos en desórden, son ciertamente de la escuela de Diógenes.

El lector habrá notado sin duda el tocado de la mujer, que va peinada, como acostumbra las europeas, con tirabuzones. Todas las mujeres van así, y no porque hayan tomado la moda á las inglesas, pues solo hace muy pocos años que los thodas han sido descubiertos.



Bhisti, aguador.



Khedmetgars.



Thodas.

que van allí cuadrillas de gente de Malabar, para trabajar en tiempo de la siega. La mujer representada aquí era segadora. El lector debe figurársela con una piel bronceada ó casi negra, vestida de azul y adornada con joyas de oro. El pueblo bajo lleva en la India muchos adornos de ese metal precioso.

Las otras dos mujeres son de Bombay, una de las ciudades asiáticas donde se ven mas mujeres con el rostro descubierto por las calles; pero se las encuentra por grupos con ropa ó con vasijas de barro y de cobre en la cabeza. Andan con paso firme y muy derechas. Se atan la ropa en la cintura y á la mitad del muslo para estar mas sueltas en sus movimientos.

Estas ropas son por lo regular encarnadas ó de color de violeta. El color del cutis de

» Yo hice conocimiento con él en Benarés, y lo primero que noté fué que no se acordaba enteramente de su reino perdido. No pensaba mas que en el dibujo; jamás he visto tal furor, ni tan malas disposiciones; pasaba dibujando desde por la mañana hasta por la noche, y siempre escenas y trajes militares, pues sin duda era aficionado al arte de la guerra que tan funesto le habia sido.

» Yo debí á mi lápiz el insigne favor de ser admitido en los aposentos de su mujer y de su hija cuyos retratos hice.

» A mí me trató con tanta amabilidad, que un dia pasó una porcion de tiempo en la actitud de un trompeta tocando, para que sacara yo este dibujo, que él no habia logrado hacer, á pesar de muchos ensayos repetidos.»

La última lámina represen-

El Kurg es un pequeño reino de veinticinco leguas de largo sobre diez y seis de ancho, que la Compañía de las Indias reunió á su territorio en 1834. Despues de su derrota el radja fué desterrado á Benarés, donde juró seguirle toda su casa. M. de Warren que fué el encargado de escoltarle, dice en su *India inglesa*, que de trescientas personas que le debian seguir, solo llegaron diez y seis al umbral de sus Estados. En cuanto á los mujeres fueron tres que le han sido fieles hasta el último extremo.

Aquí damos tambien el retrato de una de estas tres mujeres sacado en Benarés; el excelente carácter del marido, hace muy meritoria esta fidelidad y disminuye mucho la odiosidad de la inconstancia de los otros.

El Maha Rajah Vira-Jundra-Woudiaur, que sus súbditos invocaban bajo el título de Maha Lamy (gran Dios, representante de la Divinidad) era un jóven de unos 28 años, pequeño, rechoncho y de mala facha; su fisonomía y su barba de judío, su nariz de loro, y sus ojos de ave de rapiña, producian al verle, la impresion mas desagradable. Como nunca habia tenido el menor freno, ni habia disimulado nada, todos sus pensamientos y emociones se pintaban en su movable fisonomía, que era la de un asesino cobarde; en su rostro el temor luchaba con el odio.

La exactitud de este retrato tan poco lisonjero no se halla desmentida por el principe Soltykoff, pues á pesar de su indulgencia acostumbrada, añade lo que sigue:

« Todo esto que yo habia leído antes de conocerle me habia parecido algo sereno, y esa mezcla de odio y de temor la creia yo justificada por el estado de opresion á que se hallaba súbitamente reducido: pero debo decir en verdad, que solo su posicion de oprimido podia inspirar algun interés al que le riera.



Mujer del radja de Kurg.



Zemindar, hacendado territorial.

ta el retrato de un zemindar. Los zemindares son hacendados que disfrutan la sierra á título hereditario, por cesion perpetua ó por delegacion. *Zemín* quiere decir tierra. Este zemindar era de Massulipatum, gran puerto de mar de los Circars del Norte, distrito de Condapilly, y en otro tiempo una de las ciudades mas pobladas y comerciantes de la India. Pertenecía á la raza telugu ó telinga que los europeos, sin saber porque, llaman Dentu, nombre que no existe en ningún dialecto de la India.

L. W.

### El matrimonio de una hora en Persia.

No hay que engañarse. Se trata de un matrimonio civil y religioso, religioso sobre todo. Los que han hablado mal de él no lo conocían. Los viajeros que lo han conocido no han dicho cosa que valga algo. Algunos lo han tomado por una excentricidad local; otros por una reliquia de tradiciones paganas. Tal vez es porque todo persa no es admitido á él en todo el reino de Iran. El matrimonio de una hora es sin embargo un rasgo característico de la legislación y de la vida social de Persia. Se necesita nada ménos que la presencia de un mollah para recibir la declaracion de los esposos, y un mollah se sabe que es un personaje elevado. En el mundo cristiano se compararía á un matrimonio celebrado por un obispo. ¿No basta esto para tranquilizar al escrupuloso lector?

Es verdad que este matrimonio privilegiado es un progreso casi moderno, debido á los *chias*, que son el clero de la Persia, con mas justo título que lo son en Turquía los ulemas. Si la Turquía no ha formado sacerdocio, segun se afirma hoy, los *chias* han formado uno, ó algo que se le parece. Mientras los ulemas se sujetaban á la letra, sus cólegas de Iran hacían interpretaciones. Solo hablaremos de lo que respecta al matrimonio de una hora.

El clero persa no ha tenido en el gobierno del schah la influencia que los ulemas en el de los sultanes. Por eso los *chias* eran de la oposicion, y se habian dedicado á extender la ley religiosa contra la accion política. El matrimonio de una hora ha venido de ahí, con la parte mejor de las ideas y de los hechos que distinguen la vida social de Persia de la vida social en Turquía.

No quisiera recordar á este propósito que los persas se llaman á veces los franceses de Oriente. Pero supuestamente que la mala fama del matrimonio de una hora en Oriente ha provenido de no haberlo querido admitir los turcos, bien puedo decir que la rigidez turca no prueba contra la institucion persa, como no probaria la gazonería inglesa contra una locucion ó una costumbre francesa. Si fuera lícito comparar el Oriente con el Occidente, se veria la vida de Paris en Teheran, como la de Londres en Constantinopla. Tal francés que se aburre en Inglaterra y Turquía, se divertiria bien en Persia.

Lo mas duro que han hallado los turcos contra el matrimonio de una hora es haber dicho que era un matrimonio de chanza. La prueba de que no contiene nada burlesco es que siendo el divorcio voluntario en Turquía y Persia, nadie ha roto tan pronto esta union conyugal. Aunque los ulemas se empeñan en decir que Mahoma ha prohibido ese matrimonio despues de la conquista de la Meca, los *chias* defienden lo contrario. La union temporal de los árabes idólatras no era sancionada por nadie. Esta union dependia solo de la voluntad de los consortes, solo una condicion era indispensable, que la mujer tuviera las tres cosas necesarias para mostrarse en público: una camisa, un pañuelo y un velo. Mahoma mismo admitió este matrimonio ficticio, si despues lo prohibió, añaden los *chias*, fué, no como union temporal, sino como union sin testigos, ni publicidad, ni magistrado. El profeta se hubiera contradicho impidiendo el matrimonio temporal, cuando permitia la repudiacion voluntaria. El matrimonio perpetuo seria tambien ilegítimo, si no se hiciera con las solemnidades requeridas. El tiempo, pues, no influye en ello. El matrimonio de una hora reúne todas las condiciones esenciales de publicidad, testigos y magistrado. ¿Cómo dejaria de ser válido? Confieso que esta lógica de los *chias* me parece irresistible. Es verdad que de todo se puede abusar, aun del matrimonio de una hora. Pero el abuso hará resaltar la prevision discreta de la ley persa, si se quiere considerar el asunto seriamente. Tal vez es negocio delicado, en que es muy necesaria la inteligencia del lector.

Para tratar pronto de este matrimonio, voy á concluir con el abuso, que desde luego se comprende fácilmente. Desgraciadas criaturas, azotadas, arrojadas al agua por la policia, han hallado abrigo y defensa en la nueva ley. Con ella no tienen que temer las multas, las extorsiones escandalosas, pagando la contribucion antigua anual y media de 60 francos. Esta tarifa ha subido ó bajado segun las personas. Este abuso no procede de la ley, sino que es contra la ley.

La Turquía, con su puritanismo, no está exenta de él. Las personas que han pagado esta contribucion no tienen por esto libertad para recibir visitas. Es necesario mayor preparacion, mas decencia y garantía que en todos los demás países. Y en primer lugar, un testigo se presenta en casa del mollah del barrio. Allí declara el nombre y especifica el don nupcial abusivo. El

mollah le pregunta bajo juramento la edad, la salud, el estado y las circunstancias que pueden exigir el abuso del postulante. Despues de esto, el mollah escribe en un papel de una pulgada cuadrada la union temporal y sus condiciones legítimas. Este acto cuesta unos dos reales de nuestra moneda. Este es un derecho de los pobres en Persia.

Si la policia en acecho viene á llamar á la puerta de los conyuges, el testigo legal exhibe el certificado, y la policia se retira. Pero queda algo que decir acerca del novio abusivo y legalmente casado. La entrega y recepcion del dote nupcial, formalidades que varían segun los lugares, ocupan mucha parte de la hora, para no dejar á menudo mas que una leccion de continencia, para no dar tiempo en las grandes ciudades de Persia á excesos comunes en otras partes. Apenas ha transcurrido la hora matrimonial, el testigo aparece, rompe el contrato en pedacitos y los tira á la cara de los esposos separándolos en nombre de la ley y del mollah. Es verdad que el abuso puede renovarse, pero es menester acudir á celebrar otro matrimonio, no siendo raro que estas dilaciones hayan producido el verdadero matrimonio islamita.

No se admirarán los rigores del Oriente polígamo, respecto de la infraccion del matrimonio legal. El islam, que permite cuatro mujeres y diferentes divorcios, tiene derecho para ser exigente. Por otra parte, industria tan vergonzosa no ha tenido en ninguna parte ménos utilidad que en Oriente, inclusa la Persia. El galanteo tan admitido en el Occidente cristiano, no tiene siquiera nombre en el Oriente musulman. Por eso el islam tan fácil en romper el matrimonio, se muestra tan severo para su celebracion. Los esposos no se han visto jamás ántes de la celebracion; tal es la ley. Un grueso volumen no bastaria para referir las arterias puestas en uso para eludir esta ley, para violarla sin ostentar una infraccion muy visible. Nadie lo habia logrado de un modo general ántes de la ingeniosa jurisprudencia de los persas. No pudiendo deshacer absolutamente un matrimonio divino, los *chias* han hecho otro mas humano. Así han satisfecho á los creyentes sin contradecir al profeta. Porque el matrimonio de una hora no excluye el perpetuo, por el contrario, lleva á él casi siempre, como se verá luego.

Debo advertir que un viaje en Persia no inicia por lo comun en los secretos del matrimonio de una hora. A mí me inició la casualidad de un encuentro singular en el bazar de Tauris. Felizmente puedo citar un nombre muy conocido en Esmirna y Erzerum, el médico Bertonelli, médico de la universidad de Pavia, que ha abrazado el islamismo, á causa de pociones de mal éxito en su clientela, segun se dice. Este encuentro está tan ligado con todo lo que he podido recoger del genio matrimonial de los *chias*, que me tomó la libertad de detenerme un poco.

Bertonelli era en Roma en 1830 médico de muchos cardenales, que yo conocia. En Esmirna me ha curado en 1840, aunque se ocupaba mas entónces del idioma árabe que de medicina. Su casa hospitalaria para los musulmanes, y codiciada de los cristianos y extranjeros, se hallaba gobernada por sus hijas, bellas como romanas. Tenia siete que lo han seguido en viaje y en religion. Bertonelli es hoy secretario ó canceller de un sabio mollah de Tauris, el mollah mas acreditado del reino de Persia para el matrimonio de una hora. Los persas no tienen contra los renegados la prevencion que los turcos.

Yo he visto al médico querido de todo el cuartel de Ismael. Las tres hijas mayores, bastante mal casadas en tierra de cristianos, se hallan, en virtud del matrimonio de una hora, espléndidamente colocadas en el islam. Es sabido que la mujer extranjera que entra en los estados musulmanes puede contraer una nueva union sin renunciar á su fe religiosa. No es esto un aviso que yo doy, ni una provocacion dirigida á una mitad de los cristianos. Unicamente lo hago por defender á la familia Bertonelli de la nota de bigamia. Del mismo modo cuanto se ha creído del médico, ó dado él lugar á que se crea, carece de fundamento. Las cuatro hijas menores del médico son viudas del matrimonio de una hora.

Nada mas inocente. Mis lectores conocen la ley como la conocia yo al llegar á Tauris. Lo que me queda que decir es la ejecucion de esta ley, la jurisprudencia del mollah, la habilidad de los asesores y de todos los que intervienen en una práctica tan delicada. Porque las personas representan un papel importante en la nueva institucion, hasta tal punto que el mejor comentario que se pueda ofrecer un día, será sin duda la historia verdadera de las siete hijas del médico. Mi tarea es mas modesta. El éxito de las tres mayores debe bastar para probar todo el arte del matrimonio de una hora. La historia de las otras no estaba hecha tres años hace. Las viudedades que he mencionado no eran mas que matrimonios que no se habian realizado.

¿Quién no ha leído la relacion de un himeneo oriental en un viaje á Oriente? La retirada del velo es su principal adorno. El matrimonio queda consumado en aquel instante. Como oír es obedecer, ver es poseer. En realidad, el marido no posee ni con mucho á su mujer todavía. Conocidas son las ficciones que siguen y preceden á la retirada del velo. Los *chias* han hallado medio para hacer durar mucho tiempo los matrimonios de una hora. Porque el matrimonio queda disuelto al cumplirse la hora, si no se contrae otro. No ha sido difícil emplear el tiempo en ejecutar el ceremonial hasta llegar á separar el velo que ocupa la hora primera, ó sea el primer matrimonio. De donde se sigue que este ma-

trimonio dura por lo ménos dos horas, si ha de continuarse.

Pero los esposos se han visto, á pesar de la antigua ley. Si no se gustan el uno al otro, todo está terminado. Esta es la viudedad. Si lo contrario, acuden á segundas nupcias.

En este caso es cuando empiezan las dificultades, y cuando interviene la jurisprudencia del mollah. Toda viuda, segun el islam, guarda un retiro absoluto de cuatro meses. Este retiro se llama *iddet*. El del matrimonio de una hora se fija por el mollah. Antes de que espire este *iddet*, los antiguos esposos no pueden contraer su nuevo matrimonio, caso de que lo pidieran. Inútil es decir que el mollah fija la duracion del *iddet* en razon de lo que sabe de la disposicion del postulante, de su familia, moralidad y á veces fortuna. Algunos días ó semanas acaban de edificar á los asesores. A la primera hora, habia solo que evitar la violencia ó algun miserable subterfugio; pero á la segunda hay que contar con la pasion de uno de los esposos ó con la de ambos. La esposa está sin velo, sometida al poder del marido, por el axioma de los *chias*, de que la segunda hora vivifica y continúa la primera. El marido puede, pues, llevarse á su mujer y dispone de una hora. Si se acerca á ella, los esclavos y los parientes de la esposa forman un muro. La mas anciana de las parientes tiene en la mano una babucha, un brazaletes y una trenza de cabellos, que agita á la faz del marido, como un simbolo de que debe contentarse con aquello. Si logra alcanzarla, se empeña la lucha entre el grupo de las mujeres y el esposo de la segunda hora. El arte consiste en impedir que los dos esposos se toquen ni siquiera un dedo, porque la esposa quedaria profanada. En tal caso, esclavos y parientes se retirarian, y dejarian que se consumara el matrimonio de una hora, con perjuicio de la honra de las dos familias.

Pero esto no puede suceder. Los *chias* han previsto todo, y el mollah ha tomado sus medidas para todo evento.

En 1847, el príncipe Kas... Mirza, desterrado de Teheran, habia obtenido del shah permiso para vivir en la segunda capital del reino, en Tauris. Tuvo noticia de la belleza de María Bertonelli, en Islam Fatima, y la pidió en matrimonio de una hora. La clase del pretendiente hacia sospechosas sus intenciones, á pesar de su conocida lealtad. El médico, iniciado en todos los recursos de la jurisprudencia, vacilaba no obstante; pero el mollah consultado no titubeó. El contrato se extendió en debida forma. Las cosas llegaron sin incidente hasta quitar el velo, y el príncipe tuvo todavía tiempo para comenzar la fórmula sacramental que constituye todo el matrimonio en el Islam. Pero ántes de acabarla se dió la señal de haber pasado la hora, y la viudedad comenzó. Vista una prueba tan satisfactoria, el *iddet* fué reducido á tres días.

Parecia que todo estaba corriente. Sin embargo, el marido de la segunda hora no se parecia al de la primera. En vez de continuar en alta voz la fórmula que habia comenzado, como lo exige la ley, el príncipe cogió diestramente la babucha, el brazaletes y la trenza; penetra en el grupo de mujeres que se abre por respeto ó por confianza, y va á tocar á Fatima, que exclama: «Tú has mirado á mi hermana.» El príncipe se queda cortado; el matrimonio era nulo. Y la jurisprudencia del mollah es aquí la estricta aplicacion al matrimonio de una hora de la regla del ordinario. Una mirada hasta el tercer grado á tia ó sobrina es impedimento. El mollah tiene otras nulidades de reserva, pero yo me paro para justificar al príncipe Kas... Mirza. En el tercer matrimonio, conseguido no sin pena, despues de un *iddet* de quince días, la prueba duró un instante. Las palabras sagradas fueron articuladas, y Fatima tomó el primer puesto en el harem del príncipe.

Un matrimonio de tres horas se ve rara vez. Todo concluye por lo comun en la segunda, que debe acabar con los preparativos de la partida de la casa paterna. La tercera, que el príncipe Kas... Mirza no concluyó, comprende el trayecto á casa del esposo. Parece que el peligro debe de ser inminente, pero los asesores velan, y los esclavos embarazan la marcha con mil incidentes.

Catalina Bertonelli, en islam Aziza, es el único ejemplar en Tauris de la cuarta hora, concedida á un gran señor Khadjar: consiste en la entrada en casa del esposo á través de mil obstáculos que oponen los esclavos y parientes. De esta casa no se atraviesa mas que la primera puerta con la multitud atraída por una sinfonia que se ejecuta en el vestibulo ó en los jardines. El Khadjar (El Kamis), bastante mal sujeto, habia sabido la aventura de Kas... Mirza, y quiso sin duda verificar el matrimonio de una hora. El cortejo habia entrado apenas en un kiosk de los jardines cuando estalló un fuego furioso. ¡Atroz emboscada que nadie hubiera previsto! Todos huyen. Los eunucos aumentan el terror con gritos desaforados. La esposa se ve separada del grupo nupcial, y cae en brazos de esclavas que la se-pultan en la casa del Khadjar, que se adelanta lleno de júbilo á recibir á la esposa. «¡Aziza apostasia!» fué lo que dijo esta. La apostasia de uno de los conyuges implica en el acto la disolucion del matrimonio.

Ya se ve la latitud que los *chias* han dado á los neófitos del matrimonio de una hora. Esta apostasia les es perdonada, como en confesion, si abjuran de nuevo su error. No obstante, Aziza turbada se habia apresurado mucho. La apostasia es el último recurso de la séptima hora, en el umbral del harem. El matrimonio de una hora no es mas que eso. A causa de la emboscada, se decidió que Aziza habia podido hacer aquella anticipa-

cion. El salvaje Kadjar apostató también á fin de que, «apostando y abjurando juntos, restableciese entre ellos el lazo matrimonial su conversión simultánea,» según la ley.

Los asesores, pues, pudieron oír la doble fórmula: «Yo me caso contigo, Aziza. Yo te desposo El Kanis.» El viejo mollah asentó el caso en sus registros, y creyendo firmemente en la fidelidad de las jóvenes romanas, se casó él una hora después con la tercera de las hijas del médico. No habiendo tenido ninguna otra, que yo sepa, que atravesar la quinta, sexta y séptima prueba, sería muy abstracto y muy largo el hablar ahora de ello.

Es posible que todo esto parezca entre cristianos una comedia pueril, una especie de libretto viejo de un baile. Esto consiste en que el Oriente es muy joven, y vuestras vejeces son precisamente novedades para él. *El matrimonio de una hora* es un gran esfuerzo del Islam.

### Un buen chasco.

(Conclusion.)

— ¡No, no, nada quiero saber! exclamo el joven haciendo pedazos el escrito acusador.

— Sin embargo, dijo la baronesa con tranquila y suave sonrisa, hay una cosa que no puedo permitir ignore Vd., y es que le amo á Vd. y que soy digna de su amor.

¿Cómo resistir á semejantes palabras? Confundióse Pablo en protestas de amor y adhesión. ¿No era este el mejor camino que podía seguir?

Durante las veinticuatro horas que trascurrieron antes de que se presentasen en el baile, ni la mas leve nube se interpuso entre los dos amantes. En el rostro de Pablo brillaba el contento cuando entró con la baronesa en los salones de Frascati.

Luego que los vió, un personaje de notable obesidad, que hacia media hora estaba sentado á una mesa de whist, se levantó de repente y dijo á su compañero:

— ¡Diablos! ya es tiempo que me eclipse. Temo que me reconozca, á pesar de la venda negra con que tengo cubierto un ojo. Vamos, mi viejo Fevrel, sigue representando tu papel.

Apresuróse á salir el tío Bruno, y el corresponsal aprovechó la primera contradanza en que Pablo no servía de caballero á madama de Aurillac, para llevarse al joven á uno de los salones que no llenaba la multitud.

— Aquí tiene Vd. los 250,000 francos, dijo, presentándole una cartera.

— ¡Esto es maravilloso! exclamó Pablo. Debí Vd. recibir la orden de pagar por el telégrafo eléctrico.

— Sin duda, contestó Fevrel. ¡Ah joven! hay quien se queja amargamente de las locuras de Vd. Pero me complazco en creer que escuchará Vd. el lenguaje de la sana razón, que se casará Vd. con su prima...

— ¡Nunca! exclamó Pablo con fuerza.

— ¡Hum! Quizá cambie Vd. pronto de parecer. La suma contenida en esa cartera ha llegado tarde: se la ha anticipado á Vd. otro comprador.

— ¿Qué dice Vd.?

— Y es evidentemente la persona á quien madama de Aurillac da una cita todas las noches. ¡Vamos, modérese Vd.!. Su astuta baronesa tenia dos cuerdas en un arco. ¡Le engaña á Vd., querido, le engañan á Vd.!

— ¡Caballero! exclamó Pablo, cogiendo con violencia el brazo de M. Fevrel.

— Vive Dios... que si le miento á Vd. en lo mas mínimo, mañana nos batiremos hasta la muerte. Queda esto convenido. ¿Ahora, quiere Vd. oírme?

— Escucho, murmuró el joven.

— Dentro de poco, la señora va á fingir jaqueca ú otra indisposición, á fin de tener un pretexto para salir del baile. Cabalmente, mire Vd., prosiguió M. Fevrel, que acababa de volver con Pablo al salon principal, no la ve Vd. apoyarse en el brazo de su bailador? Se lleva la mano á la frente; le busca á Vd. con su mirada antes de desmayarse... ¡Comedia, mera mojiganga!... Estése Vd. aquí, ¡qué diablos! necesita Vd. pruebas para confundirlos. Ya se aleja. ¡Muy bien! Dentro de diez minutos la encontraremos en el jardin del hotel. Allí se le debe entregar el título de propiedad de la quinta.

— ¡Infamia! exclamó Pablo. Miente Vd., caballero. ¡Le repito á Vd. que miente!

Y corriendo donde estaba madama de Aurillac, se apresuró á sostenerla y á llevarla al hotel.

— Me siento mala, amigo mio, dijo la baronesa cayendo en un sillón. He ido al baile únicamente por complacerle á Vd., porque esta mañana recibí de Paris una carta muy extraña. El que me vendió la casa de la calle de los Santos Padres duda ahora de la solvencia, y me amenaza con un pleito si á vuelta de correo no le remito el resto de la suma que le debo. Y me es imposible realizar tan pronto 250,000 francos.

— Permítame Vd. que se los brinde, dijo Pablo, poniendo su cartera encima de un velador inmediato.

— ¿Será verdad? exclamó madama de Aurillac, en cuyos ojos brilló la alegría.

— Pero entonces, continuó Pablo con voz temblorosa, es menester renunciar á la compra de la quinta de Rocheblanche.

— Ahora sobre todo que queda Vd. arruinado, amigo

mio, dijo la baronesa, tranquilícese Vd., la quinta será mia esta misma noche.

— ¡Ah, luego era verdad! exclamó el joven con desesperación.

Y sin responder á esta exclamación, madama de Aurillac se levantó de su asiento, y dijo con sangre fría:

— Espero, caballero, que será Vd. bastante cortés para acompañarme al pabellon misterioso, que tanta inquietud le inspira. Dará Vd. el brazo por última vez á la baronesa de Aurillac. «Aun no se ha cumplido el mas doloroso de vuestros sacrificios.»

— ¡Pecho al agua! dijo para sí el sobrino del banquero, siempre me quedará el recurso de levantarme la tapa de los sesos.

Bajaron al jardin. A medida que se acercaban al pabellon, experimentaba la joven ligeros estremecimientos, que se comunicaban al brazo de su caballero como otras tantas chispas eléctricas.

Preguntábase Pablo á sí mismo el sentido de estas palabras: «Aun no se ha cumplido el mas doloroso de vuestros sacrificios.» Pablo no pudo resistir por mas tiempo á la lucha mortal de la duda y de la esperanza. Habían llegado debajo de una bóveda de árboles, en donde reinaba el silencio. Ningun testigo podia oírlos.

— ¡Piedad, señora! exclamó; me muero si sigue Vd. rodeándose de misterio. Un espíritu infernal, celoso de mi dicha, trata constantemente de denigrarla á Vd. á mis ojos, y da á vuestros pasos una interpretación perversa. ¡Oh! si aun debe durar la prueba á que le place á Vd. someterme, ya me siento sin fuerza para vencer los celos que me corroen el alma.

— Pablo, respondió madama de Aurillac elevando la voz, ¿será menester repetirle á Vd. que le amo y que soy digna de su amor?

Apénas habia pronunciado estas palabras cuando una luz, tan rápida como resplandeciente, sureó toda la extensión del jardin. Lanzábanse á las ramas agitadas de los tilos serpientes de fuego, que corrían por el césped inmediato y se enroscaban en torno de las columnas del pabellon. Ilumináronse de repente como por encanto las cercañas, y Pablo no pudo contener un grito de sorpresa.

Llevóle madama de Aurillac hácia una especie de cobertizo construido á poca distancia, y cuyos pilares estaban adornados con guirnaldas de verdura. Debajo del cobertizo estaba alumbrada con una multitud de luces una mesa ricamente servida á la cual acababa de sentarse el tío Bruno para hacer los honores de una cena espléndida á un gran número de convidados, entre los cuales figuraba el corresponsal y uno de los principales escribanos del Havre.

El novio de la baronesa estuvo por creer que era juguete de un sueño.

— ¡Ah, ah! ¿es Vd., señor sobrino? le dijo el banquero. ¡Venga Vd. acá, que le quiero echar un buen sermón!

— Ya sabia Vd. mi determinación, tío mio, y me dejó Vd. libre de ejecutarla.

— Si, lo mismo que dejaría libre á un loco para correr al río. Y mis proyectos, caballero, ¿se figuraba Vd. que habia de renunciar á ellos? Desengáñese Vd. La señora baronesa ha tenido la bondad de comprenderme; sabe que le tengo destinada á Vd. mi hija, y le ruego acepte una de mis mas hermosas propiedades de estas cercañas, en recompensa del consentimiento que da á este matrimonio. Le pertenece desde hoy la quinta de Rocheblanche, con la condición de darme en ella un alojamiento cualquiera y el derecho de cazar en sus tierras.

— ¿No se lo habia dicho á Vd.? murmuró el corresponsal al oído del joven.

La compañera de Pablo leia mientras tanto con toda calma el título de propiedad que acababa de entregarle el tío Bruno.

— ¡Con qué, señora, la conducta de Vd. no era sino una odiosa perfidia! exclamó el joven cuya voz se estremecía de indignación. También ha aceptado Vd. como recompensa...

— Dispénsame Vd., caballero; su tío de Vd. le dirige la palabra, interrumpió la baronesa sin manifestar la mas mínima turbación.

— Ni mas ni menos, muchacho, dijo M. Bruno; trátase de estampar buenamente tu firma en este papel. Es tu contrato matrimonial con tu prima. ¡Despacha, que me muero de hambre!

— ¡Antes la muerte! exclamó Pablo rechazando con desesperación el contrato que le presentaban.

A esta trágica exclamación, una ruidosa alegría hizo resonar todos los ecos del jardin.

El joven, que se veia indignamente burlado, quiso hacer nuevos cargos á madama de Aurillac; pero esta tomó la pluma que le presentaba el escribano, firmó el contrato, y la ofreció en seguida á Pablo.

— A Vd. le toca ahora, caballero, dijo sonriéndose.

Pablo creyó que se iba á morir de gozo al leer estas palabras al pié del contrato del escribano: «CLEMENCIA BRUNO, condesa viuda de Montbreuil.»

— Vamos, prosiguió la graciosa joven, veo que perdona Vd. á la baronesa de Aurillac el que haya tomado este seudónimo para saber hasta qué punto seria amada su prima de Vd.

— Harto tiempo hace ¡vive Dios! dijo entonces M. Bruno, que los bribones de los sobrinos chasquean á los tios: justo es que los tios los chasqueen á su vez.

— ¡Ah! querido suegro, ¡ojalá fuesen como este todos los chascos! respondió Pablo cubriendo de besos la mano de su prima.

E. DE M.

### Boletín científico.

Fuerales de M. Francisco Arago; discurso de M. Flourens, secretario perpetuo de la Academia, pronunciado en dichos fuerales el miércoles 5 de octubre. — Imbecil mordido por un perro rabioso. — Secrecion de la leche en los recién nacidos.

Señores,

La muerte siempre nos sorprende; desde hace seis meses la terrible enfermedad que padecía el señor Arago nos debia haber hecho perder toda esperanza de volverle á ver entre nosotros, y no obstante, la noticia de su muerte nos ha conternado tanto, como si fuera el golpe mas imprevisto. Esto es debido á que el vacío que dejan en el mundo ciertos hombres es tan grande, que solo se puede apreciar cuando es un hecho consumado; es debido también á que la inteligencia que acaba de extinguirse, era ese talento privilegiado en que con tanto placer se confiaba la Academia, talento admirable, creado para abrazar todas las ciencias á la vez y ensanchar su campo, talento que parecia realizar en cierto modo la noble misión de nuestro cuerpo, cuya divisa es *descubrir, inventar y perfeccionar. Invenit et perficit.*

Desde el principio de su carrera tuvo el señor Arago la dicha mas envidiable para un joven que aspiraba ya á un porvenir ilustre, la de ser colaborador de un trabajo importante; fué elegido para ir á España con el señor Biot, hoy venerable decano del Instituto, á coadyuvar á la conclusión de la sabia y laboriosa operacion geodésica, que nos ha dado la medida mas exacta del globo. Su brillante capacidad y la ardiente perseverancia con que se dedicó á esta grande empresa le valieron á su vuelta la entrada en la Academia. Apénas tenia entonces veintitres años, y su juventud misma le granjeó el mas benévolo afecto de la corporación, que bien pronto vió con orgullo que era digno de la simpatía con que desde su entrada le habia acogido.

No es este lugar de recordar todos los trabajos de su vida científica, una de las mas activas, de las mas entusiastas, de las que han abarcado los objetos mas diferentes.

El señor Arago estaba dotado del genio de la invención; sus trabajos han abierto nuevos caminos á la ciencia. Sus descubrimientos sobre la *polarización colorada*, sobre las relaciones que existen entre la *imantación* y la electricidad, sobre el magnetismo llamado de *rotación*, son descubrimientos que nos revelan campos desconocidos y crean ciencias nuevas.

Su habilidad y su buena estrella le ayudaron tambien en otro género de investigaciones! El señor Arago no era de esos hombres que quieren la gloria solo para sí, sino que la deseaba ardientemente para la corporación entera, de quien formaba parte; por eso consideraba como un deber buscar y alentar los jóvenes de talento que podían en lo venidero aumentar con las suyas las glorias de la Academia, de tal modo que no hay casi ninguno de sus contemporáneos en la carrera de las ciencias que no le deba un tributo de gratitud.

En 1830, el señor Arago fué llamado á reemplazar á Fourier como secretario perpetuo, y desde que ocupó dicho puesto, la Academia pareció respirar una vida mas activa; el don de captarse la confianza y de granjearse todas las voluntades por esa familiaridad llena de encanto, que solo puede tener un nombre superior; ese don, precioso garante del buen éxito en la vida, el señor Arago le empleó completamente en servicio del cuerpo de quien era el órgano. Nunca, como entonces, la influencia de la Academia ha sido tan poderosa ni se ha extendido tan lejos; las ciencias parecían resplandecer con desusado brillo, y difundir profusamente su benéfica claridad sobre todas las fuerzas productoras de nuestro país.

El señor Arago unia á una penetración sin rival un talento analítico extraordinario, así es que la exposicion de los trabajos de otro era solo un juego para su inteligencia. En el desempeño de sus funciones de secretario, sus ideas claras, sus buenas salidas, su chiste picante, cautivaban la atención de sus cólegas, que atónitos le escuchaban con placer y admiración.

Cuando los progresos de su enfermedad le hicieron perder la vista, todos los recursos de su claro y vasto genio se descubrieron á los que vivían á su lado. Los trabajos sobre los asuntos mas arduos y complicados se presentaban á su memoria infalible, bastando para ello una simple indicación, una sola lectura oída la víspera, y todo esto con orden, con método, naturalmente sin preocupación alguna, y nadie al ver una cosa tan fácil pensaba que era difícil.

Como historiador de la Academia, sacerdocio tan difícil como temible, donde es menester adivinar el juicio de la posteridad, Arago poseia, como lo atestiguan sus eminentes y brillantes *elogios*, el deseo constante de ser justo, apreciando por profundas investigaciones y concienzudos estudios los trabajos del sabio que elogiaba. En los escritos del elocuente secretario se encuentran además todas las dotes de su ingenio, estilo brillante, vigor, atrevimiento y una cierta naturalidad que encanta.

Intérprete en este momento de la Academia, de que ha formado parte el señor Arago durante medio siglo, no he querido hablar mas que del hombre científico, del hombre que nos ha pertenecido, del hombre cuyo nombre debe sobrevivir como uno de los mas ilustres entre los de los sabios de nuestro país.

Los nobles veteranos de las ciencias, en todas las partes del mundo civilizado, desde Berlin á Londres, de San Petersburgo á Filadelfia, nos acompañarán en nuestro duelo. Las generaciones estudiosas que desde hace cuarenta años se han ido sucediendo, contarán á esta inteligente y patriótica juventud que los reemplaza hoy dia en nuestras brillantes escuelas, cuanto el señor Arago supo hacerse querer y cuan poderosa era la bondad simpática del maestro, á cuya tumba venimos á depositar el homenaje de nuestro dolor.

Este hombre dotado de tan relevantes cualidades, dedicó una parte de su vida á su familia. Después de haber conocido todas las dulzuras de la piedad filial, el lazo de sus afecciones se ensanchó sin perder de su fuerza; sus hermanos vivieron siempre en su casa bajo el techo paterno; sus hijos y los de ellos eran

iguales para él; así es que halló una hija (1) cuyos tiernos y piadosos cuidados merecen recibir hoy un tributo de gratitud de la Academia.

*Desarrollo de la inteligencia en un imbécil rabioso.* — El Dr. Niepce ha comunicado á la Academia de Ciencias el caso siguiente, bastante curioso para ser referido con pormenores.

Chauvet era imbecil de nacimiento, su madre que vive aun, es pequeña de estatura y tiene un lamparon. Su padre, que falleció de una herida en la pierna, era escrofuloso y tenia tambien un lamparon. En fin, su hermano, de edad de quince años, se encuentra en las mismas condiciones que el padre.

Su amamantamiento fué difícil; á los once meses principió á poder sostener su cabeza, y solo á los cuatro años pudo pararse y dar algunos pasos, conservando siempre un modo de andar lento y penoso. Arrastraba los piés cuando andaba, y su voluminosa cabeza presentaba todos los caracteres de la imbecilidad; su cara era ancha, la frente angosta y cubierta de unos cabellos ásperos que llegaban casi hasta las cejas; la nariz ancha y aplastada, los labios gordos, los dientes muy irregulares eran en número de nueve en la mandíbula superior y de siete en la inferior: en la segunda dentición solo le salieron cuatro dientes. Su lamparonera se componia de dos lóbulos bastante voluminosos. No articulaba sino algunas palabras, y eso imperfectamente.

Con una inteligencia tan poco desarrollada no pudo aprender á leer ni á escribir; jamás comprendió el catecismo; algunas veces daba pequeñas pruebas de cariño á su madre, pero su amor no se extendia hasta su hermano. En fin, era perezoso y gloton.

En tal estado, fué mordido el 10 de mayo por un perro rabioso, y una hora despues del accidente, su madre advertida por una vecina, le condujo á casa de un farmacéutico que se contentó con cauterizar ligeramente la herida con un poco de amoniaco. Desde aquel momento hasta el 27 de julio, su salud en nada se alteró, pero este día á las once de la mañana se negó á comer y beber, fué á acostarse al sol, y al cabo de dos horas aparecieron todos los síntomas de la rabia. Entónces, con gran asombro de su madre y de los concurrentes, entre los que

(1) Su sobrina la señora de Laugier, hija del señor Mathieu.

se encontraban el médico y el farmacéutico, principió á hablar con una facilidad que nunca se le habia conocido. Este imbecil, que jamás habia podido articular mas que palabras incoherentes, dirigia la palabra á los que le rodeaban, y les comunicaba las impresiones que sentia. En el intervalo de las crisis, llamaba á su madre y á su hermano, y en medio de mil caricias les suplicaba que no le abandonasen.

El 28, á las seis de la mañana, despues de una noche muy agitada en que fué imposible hacerle tragar ni una sola gota de agua, Chauvet pidió repetidas veces que fuesen á buscar el cura de la parroquia; este llegó á las ocho de la mañana. Tan luego como el desgraciado enfermo vió aparecer el buen religioso, prorumpió en amargos sollozos, culpándose de no haber podido aprender el catecismo.

A las tres de la tarde, la violencia de las crisis pareció calmarse, pero mientras que duró esa mejoría ó mejor postración de fuerzas, la inteligencia no pareció tan desarrollada, y el 29, hácia las doce de la noche, las crisis volvieron, y con ellas apareció mucho mas clara la inteligencia. Suplicaba á los hombres encargados de vigilarle de apagar las luces, que le daban fuertes dolores de cabeza, y para inducirlos á ello, les aseguraba que no tuviesen cuidado, que él no los morderia, y en efecto, desde los primeros síntomas de su enfermedad nunca quiso morder á nadie.

El 1º de agosto, á las siete de la mañana, se manifestó un delirio agudo durante el cual el enfermo habló mucho, citando pero incoherentemente hechos pasados, los cuales no habian fijado su atencion, al parecer, en la época de su acontecimiento. El delirio duró hasta la noche, que sobrevino un letargo profundo que duró hasta las cinco de la mañana, hora de su fallecimiento.

*Secrecion de la leche en los recién nacidos.* — Natalis Guillot ha observado, con mas cuidado que sus antecesores, un hecho conocido desde el siglo XVII.

El exámen de un gran número de niños recién nacidos le ha hecho reconocer que sus pechos, cualquiera que sea el sexo á que pertenezcan, secretan leche poco tiempo despues del nacimiento; la secrecion de la leche que principia despues de la caída del cordon umbelical, permanece constante algunos dias, decrece y se concluye. Esta secrecion es normal, es decir, que

solo los niños sanos gozan de ella; mientras que dura, los pechos aparecen un poco hinchados, y el líquido lácteo sale cuando se aprietan. La leche que se recoge entónces es idéntica en caracteres físicos y químicos á la leche ordinaria.

A. REYNOSO.

### Descripcion del bordado.

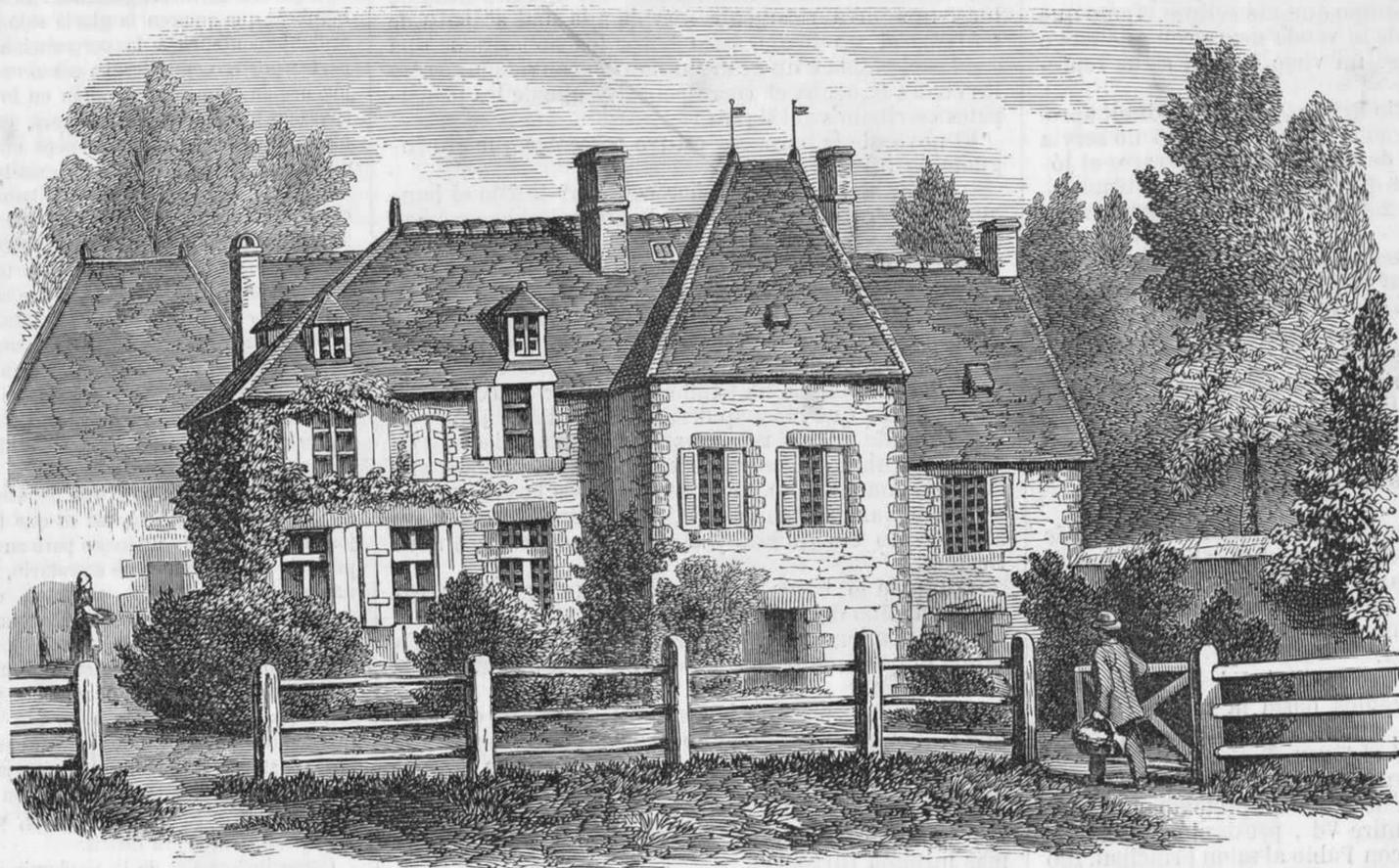
1. Manga á la duquesa, plumetis y encaje con crestas á punto de rosa. Este género de bordado hace muy bien sobre *nansouk*, aunque es un poco largo de ejecutar, pues todo se hace á feston unido. Se evita este inconveniente con el tul inventado por Sajon, que se conoce con el nombre de tul-encaje, y en el cual es mas fácil el festoneado.
2. Entredos encaje para la manga nº 1.
3. Cuello escocés de encaje, como la manga nº 1.
4. Cuello mosquetero, encaje, para niño. Las partes que se hallan indicadas para hacerse al plumetis cortado y rodado, pueden hacerse en aplicacion festoneada.
5. Pechera de camisa de señora, bordado inglés, con ondas festoneadas.
6. Guarnicion á punto de rosa, con claveles festoneados.
7. Guarnicion doble, encaje, plumetis y punto de rosa.
8. Guarnicion de papalina, bordado inglés y punto de rosa.
9. Guarnicion doble, encaje, plumetis y punto de rosa.
10. Guarnicion á punto de rosa, con ondas.
11. Guarnicion á cresta, á punto de rosa, con claveles chicos y hojas de lila al plumetis con ribetes.
12. Entredos, encaje, plumetis y punto de rosa.
13. Entredos, bordado inglés.
14. Guarnicion, bordado inglés.
15. Alfabeto gótico, todo á punto de rosa.
16. Alfabeto gótico, al plumetis, con punto de escalera.

### Palacio de Beaumanoir, habitado por Napoleon Iº en su juventud.

Condé 30 de octubre de 1853. — Señor redactor del *Correo*. Aunque hayan sido miles los volúmenes escritos sobre Napoleon Iº, muchas circunstancias de su vida son aun desconocidas. He aquí para prueba un rasgo que honra su memoria, pero que yace completamente ignorado. El puede servir para probar que su corazón era tan bueno como su genio era vasto.

Habiendo reemplazado el general Durosnel de Beaumanoir á M. de Marbeuf en calidad de gobernador de Córcega, este, ántes de partir para Francia, recomendó vivamente á su sucesor la familia Bonaparte, y particularmente al joven alumno de la escuela de Brienne. — Como buen caballero, parece que M. de Beaumanoir guardó su promesa fielmente, y fué digno y benévolo continuador de las bondades de M. de Marbeuf.

El joven Napoleon Bonaparte acompañó á su nuevo protector á un viaje que hizo á su palacio de Beaumanoir cerca de Condé sobre el Noireau, y allí permaneció algun tiempo con él. — Este recuerdo se ha conservado



en el país, y los paisanos enseñan con orgullo el palacio en que Napoleon pasó algunos instantes de su vida. — Refiere la tradicion que el jardinero del palacio tuvo que hacer mas de una vez con el huésped de su señor con motivo de la guerra de exterminio que el escolar hacia á las flores mas bellas del jardin, trasforma-

claró, en virtud de arreglos de familia, su deudora por una renta vitalicia considerable, que Napoleon pagaba en secreto. Jamás M. de Beaumanoir sospechó la supercheria.

Soy de Vd., etc.

L. J.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

### PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

#### SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 15 »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 13 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ Y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA Y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANA.....	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 » »	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.